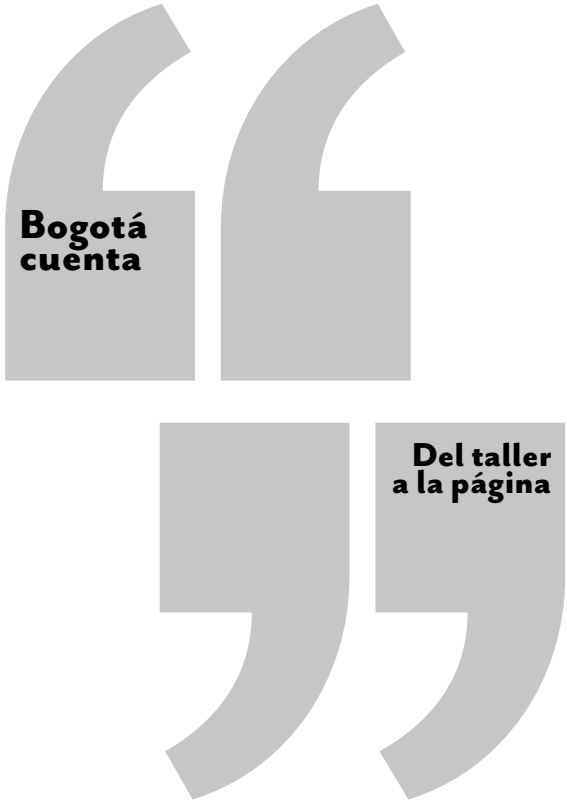
Bogotá cuenta

Del taller a la página



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.
INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES
BOGOTÁ

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Carlos Fernando Galán Pachón
Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
Santiago Escobar Trujillo
Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES-IDARTES
María Claudia Parias Durán
Directora general

Lina María Gaviria Hurtado
Subdirectora de las Artes

Silvia Ospina Henao
Subdirectora de Equipamientos Culturales

Yaneth Reyes Suárez
Subdirectora de Formación Artística

Andrés Felipe Albarracín Rodríguez
Subdirector Administrativo y Financiero

Gerencia de Literatura
Alejandra Soriano Wilches
Gerente de Literatura

Ricardo Ruiz Roa
Coordinador de Escrituras de Bogotá, 2022-2023

Carlos Ramírez Pérez
María Eugenia Montes Zuluaga
Alejandra Malaver Castiblanco
Wilmar Molina
Equipo de la Gerencia de Literatura

Antonio García Ángel
Selección y edición

Publicaciones Idartes
María Barbarita Gómez Rincón
Coordinación editorial

Edgar Ordóñez Nates
Revisión de textos

Mónica Loaiza Reina
Diego Villate González
Diseño

Panamericana Formas e Impresos S.A.
Impresión

© Instituto Distrital de las Artes-Idartes
© Manuel Daza Ramírez, Natalia Cuéllar Barón, Fernanda Llanos, Simón López Villamil, José Antonio Reina, David Barato, Catalina Gallo Rojas, Azabache Álvarez (Diego Muñoz), Fanny S. Márquez Gómez, Carlos Andrés Carvajal Luna, Fabián Espinel, Martha Judith Noguera Fonseca, Lía Margarita Rodríguez, Johanna Uzuriaga Aguilar, Alexander Madrigal, Germán Vanegas, Duván Ocampo, Federico Baraya Galán, Érika Mora, Norman Franz García Rodríguez, Fabián Martínez Murillo, Ana María González, Mayra Alejandra Algarra, María Victoria Córdoba, Ana Carolina Pereira Restrepo, Laura Sofía Pérez, Lilia Carvajal Ahumada, Paula Jiménez, Jimena Suárez, Johan Andrés Cortés J., Jhenny Elena Zambrano Sierra, Andrea Guatavita Garzón, Óscar Triana, Catalina Murcia

Abril de 2024
ISBN impreso: 978-628-7686-30-4
ISBN PDF: 978-628-7686-31-1

Idartes
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá, D. C., Colombia
(57-601) 379 5750
contactenos@idartes.gov.co/
www.idartes.gov.co

Bogotá cuenta

Del taller a la página

Selección y edición de
Antonio García Ángel

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES IDARTES
BOGOTÁ

Contenido

10 Presentación

12 Prólogo

15 Prosa

16 La alegría de estar triste

23 La sangre que parió al mundo

32 En nombre del padre

42 Margarita entre la niebla (capítulos III y IV)

46 Chardee

49 Rosita

54 Orejamatera

56 El regreso

58 ¿Cómo se suicida un perro?

61 Fórmula

63 Instantáneas

67 La noche de las estrellas muertas

71 Mi soledad

73 Rayos en casa

78 Eremophilus mutisii

80 Allí
82 Boceto fragmentario de una araña
83 El visitante
86 Inhabitable

95 Poesía

96 Sancocho de gallina
99 Aparatos
105 Primer día
107 (Des)amor
109 La poesía es… no
110 A ellas la memoria
111 Contrarios
112 Juventudes heroicas
114 Técnicas para el abandono
116 Quipitos
118 Somnifiesto
120 Historia infinita de una ruptura
123 Casa para uno
125 In-dependencia emocional

129 Narrativa gráfica

130 Bendiciones

135 Caronte

145 Los autores

156 Directores de los talleres

Presentación

Tengo el gusto de presentarles este nuevo título de la antología literaria *Bogotá cuenta*, libro que recoge una selección de los textos más representativos del programa Escrituras de Bogotá, que, a través de la Red de Talleres Locales de Escritura, durante el segundo semestre del año 2022 llevó a cabo diecinueve talleres en los géneros de narrativa y poesía en diferentes localidades de nuestra ciudad. La publicación, además, compila algunos de los trabajos literarios de los Talleres Distritales de Escritura Ciudad de Bogotá, que en el primer semestre del 2023 realizó cinco talleres especializados en los géneros de novela, cuento, crónica, poesía y narrativa gráfica.

Durante más de una década, el programa Escrituras de Bogotá ha desempeñado un papel fundamental en la democratización de la formación en escritura creativa en la ciudad, apostando por la creación de redes de comunidades lectoras para el acceso y goce de sus derechos culturales, en donde confluyen en igualdad de condiciones jóvenes, adultos, personas mayores, amas de casa, trabajadores, jubilados, estudiantes y todos los interesados en el arte de la escritura literaria. Bogotá, una ciudad diversa y multicultural, y sus talleres acogen a personas de diferentes edades, clases sociales y orígenes étnicos, tanto locales como migrantes, quienes encuentran en la escritura un medio para comprender y expresar el mundo literariamente.

Bogotá cuenta: Del taller a la página resalta las voces de 36 nuevos autores y autoras que narran poéticamente las experiencias de vida en la gran ciudad capital. Con entusiasmo, dedicación y generosidad nos invitan a sumergirnos en las vicisitudes de esta Bogotá indómita para convertirnos en cómplices y protagonistas de sus relatos.

Queremos agradecer sinceramente, en nombre del Instituto Distrital de las Artes-Idartes, a todos los participantes en los talleres y al equipo de directores que lideraron y apoyaron las sesiones en cada taller. Gracias a su trabajo, hoy podemos disfrutar de esta antología literaria. Queremos resaltar, además, el dedicado trabajo de curaduría realizado por el editor Antonio García Ángel, quien nos presenta esta cuidadosa selección de textos representativos del Programa Escrituras de Bogotá.

María Claudia Parias Durán
Directora general
Idartes

Prólogo

Presentamos a ustedes esta selección de los mejores textos de los participantes en los cinco Talleres Distritales 2023, y de los diecinueve talleres de la Red de Talleres Locales 2022 del Programa Escrituras de Bogotá. Son 36 textos que se seleccionaron de un corpus de 102, una labor difícil, porque todos tienen los méritos para estar publicados en este libro, pero razones de espacio y recursos se impusieron para acotar la lista de elegidos. La muestra da cuenta del laborioso trabajo de los directores de taller para estimular y encauzar la imaginación de los participantes, así como del inmenso talento de los autores y su creatividad sin orillas. La multiplicidad de temas, estilos y formatos que componen esta antología es prueba de ello.

Este volumen está dividido en tres partes. La primera, llamada «Prosa», reúne los textos de ficción y no ficción. No está de más decir que toda prosa tiene un componente poético, y los que integran este apartado no son la excepción. Algunos podrían incluso ser considerados poemas en prosa, pero siendo este el común denominador, están agrupados en esta parte. Le sigue «Poesía», que reúne los textos dispuestos en versos y estrofas. El cierre corresponde a «Narrativa gráfica», un rubro que, merced al progresivo interés del público y el auge reciente de su producción en Colombia y el mundo, ha sido añadido tanto a los talleres como a las antologías que dan cuenta de ellos.

Desde la expresión más íntima a la radiografía social, desde el realismo más pedestre hasta el surrealismo más arrebolado, de los registros más sobrios a los más desfachatados, esta compilación refleja el amplio espectro escritural de los bogotanos. Es un medidor de la polifonía de voces que cuentan ese territorio inabarcable que trasciende cualquier límite urbano: la literatura.

Antonio García Ángel

Prosa

La alegría de estar triste

Por Manuel Daza Ramírez
(Taller Distrital de Crónica)

Los internos costeños, con nuestro prestigio merecido de gritones y malcriados, teníamos la buena educación de bailar como artistas la música de moda y el buen gusto de enamorarnos a muerte.

Gabriel García Márquez

Siempre que pasaba por la habitación de Sara, mi abuela, el radio estaba allí, impasible. Ponía su atención sobre mí con esos dos botones a manera de ojos y parecía sonreír desde ese dial que parecía una boca desdentada. Blandía un eterno ceño fruncido formado por las ranuras que tenía en el medio y por donde vociferaba cuando estaba encendido. Nunca dormía. Silencioso, me miraba con el mismo rostro que tenía cuando, como casi todo el tiempo, recitaba las noticias del radioperiódico, o cuando, para pesar de Sarita, no había otra forma de llenar el tiempo más que con desganados boleros de Leo Marini o los lastimeros bambucos que retrataban un extraño país imaginario. Para esa época, el radio ya parecía un aparato viejo. Nunca le pregunté a Sarita si el radio fue una de las primeras cosas que compró cuando decidió irse a trabajar, diez años antes, pero a mí me gustaba pensar que así había sido. Ocupaba casi la mitad de la mesa y tenía una

carcasa de baquelita, un material gris —a imagen de un metal—. Quizás entonces esa carcasa estaba desportillada o rajada, porque la baquelita era quebradiza, y el radio ya tenía un recorrido respetable. «Es que eso es de pasta», diría cualquier entendido en esas cosas. Sea como fuere, el viejo radio era todo un protagonista de nuestra vida en la casa. Impasible y estático, parecía dirigir nuestra atención y nuestras emociones.

Bueno, quizás no las mías aún. Con respecto a mí, podría decir que el radio participaba de alguna manera en mi descubrimiento del mundo. Sin saberlo, como les pasa a todos, yo iba conectando los puntos poco a poco con cada simple observación, con cada irrelevante suceso, así como con aquellos que no lo eran tanto. Así sucedió, por ejemplo, un viernes a mediodía, cuando muy seguramente un extra del *Reporter Esso: El primero con las últimas* produjo la alarma y convocó de carrera a todos los adultos al cuarto de mi abuela para oír con cuidado lo que el radio tenía que decir. Ese día nadie regresó al trabajo por la tarde. (En esa época, casi todo el mundo podía ir a almorzar a la casa). Dejaron de filtrarse los ruidos de la calle, y las voces que transmitía el radio parecían ser el único sonido del mundo en medio de un espeso silencio. Cuando Sarita dijo «Pobre Jacqueline», yo me pregunté qué tendría que ver la droguería de la esquina con todo eso.

Vivíamos en una casita en obra gris que a Sarita le habían adjudicado unos meses antes en los extramuros suroccidentales de Bogotá. El nuevo barrio había heredado el nombre que tenían los terrenos que ocupaba: se llamaba *Techo*. La construcción de Techo había sido impulsada por un programa del gobierno estadounidense llamado Alianza para el Progreso, creado por el gobierno de ese país para tratar de contrarrestar lo que para ellos era el alarmante auge de movimientos sociales de izquierda en América Latina. «Impedir el avance del comunismo internacional», habría dicho algún entendido en esas cosas. De manera que, quién mejor que John Fitzgerald Kennedy, el carismático presi-

dente gringo en persona, para poner la primera piedra de Techo. Sucedió en un esplendoroso día de diciembre de 1961, en medio de una visita llena de pompa y circunstancia en la que nuestro aristocrático presidente Alberto Lleras Camargo tuvo oportunidad de lucir su perfecto inglés con Jacqueline, la hermosa y también aristocrática primera dama gringa. No era raro entonces que en el barrio se encontraran frecuentes referencias a nuestros benefactores. Por ejemplo, el fotógrafo que habitaba la casa vecina instaló allí su estudio, al que llamó Foto John, y unas cuadras más al norte, en una esquina, funcionaba la Droguería Jacqueline, anunciada con un llamativo aviso en el que se destacaba la bandera de barras y estrellas de los Estados Unidos.

Seguramente fue mi padre quien me explicó lo que pasaba. Para mí, los roles de mis padres estaban repartidos entre el cuidado y la explicación del mundo, que yo asociaba en ese orden con mi madre y mi padre. Habían asesinado a tiros de rifle al *handsome*, *cute* y multimillonario John Fitzgerald Kennedy mientras desfilaba confiado, entre vítores y aplausos, en una visita a la ciudad de Dallas. Fue también mi padre quien me explicó por qué, en la tarde, del radio no salió nada distinto a una música que yo encontraba lúgubre y aburrida, y que, supongo ahora, fue un mosaico bien escogido de misas, oratorios y réquiems apropiados para demostrar el duelo nacional por el presidente extranjero sacrificado.

Si el radio fue uno de los protagonistas de mis aproximaciones al mundo, no lo fue tanto por las voces educadísimas que leían al aire, a primera hora, al mediodía y en la noche, las corresponsalías de las agencias United Press International, Associated Press y France Press, pero nunca de TASS ni de Prensa Latina. Tampoco lo fue por el cautivador mundo del deporte, que también tenía su espacio fijo después de las emisiones de noticias, en *Cabalgata Deportiva Gillette*, patrocinada por la afamada fabricante multinacional de cuchillas de afeitar, y que siempre finalizaba sus emisiones con un

recordatorio: «A propósito, ¿tiene cuchillas Gillette para mañana? Recuerde que en el baño no las puede comprar…».

Fue quizás el cifrado, indirecto y simbólico lenguaje de la música el que me causó una impresión más cautivadora y enigmática del mundo. No la distante música clásica, sino la que solía oír mi familia, ya fuera de manera voluntaria o no, a través del radio. No tenía entonces edad para entender todo lo que oía. Quizá desde entonces quedé con la odiosa costumbre de pasar de largo por las letras de las canciones para quedarme con las melodías, las transiciones y las conversaciones entre los instrumentos musicales. En cierto modo es lógico que aquello hubiera sucedido. Mi entendimiento del mundo no era suficiente como para darles significado a cosas como

Viejo muelle de mi puerto,
triste atracadero
de pasiones náufragas del mar.

Pero lo que fui entendiendo y atesorando sin darme cuenta fue la melancolía. Aparte de la música de los Andes, triste por vocación, el radio reproducía una música que me atrajo sin saber por qué. A un solo de saxofón, trompeta o bombardino en clave de embriagado desasosiego le hacía coro o le respondía un coro de vientos, mientras la percusión reproducía un ritmo de claro origen africano. Esa música me produce desde entonces un casi irrefrenable deseo de llorar y de bailar a la vez.[1] Identifiqué esa melancolía en todos los géneros de nuestra música caribe. También en la música de acordeón, en la que invariablemente aquello que no me atrevería a llamar *lamento* se lo turnaban el acordeón

1 Óiganse los porros *El cachureto*, *El chicharro* y *El catabre* por la orquesta de Pedro Laza.

y la voz, mientras el fondo alegre lo ponían la guacharaca y la caja. Hay una versión felizmente perdida de *Mírame*[2] —felizmente perdida porque tengo la ilusión de conservarla solo yo en mi memoria— en la que la segunda voz amplificaba una tristeza capaz de grabarse con cincel en la memoria.

Pero no era frecuente oír la aún entonces extraña música de *la costa*. No era raro que, después de oír el paseo vallenato que decía

Nunca pudo un tolimense
cantar su propio llanto
como el llanto que hoy se siente
por el Gualanday bajando

en la voz de su autor, Pedro García, un nativo de Atánquez, Valledupar, se oyeran las muy andinas y correctas voces de Garzón y Collazos, cantando:

Me llevarás en ti, como las sombras
que tienen en las tardes los ocasos…

´canción decididamente triste en la que las cuerdas les hacen eco a unas voces que yo encontraba sombrías.

Aún no tengo claro de dónde viene esa ufana costumbre de decirnos *felices*. Las primeras canciones que aprendí en el colegio no eran precisamente alegres. Mis padres, desde su habitación, un domingo, temprano, me oyeron embelesados repetir, cantando lo mejor que pude, «ya nunca volverán las espumas viajeras, como las ilusiones que me depararon dichas pasajeras». No sabían que

2 Mírame fijamente hasta cegarme / mírame con amor o con enojo, / pero no dejes nunca de mirarme, / que quiero morir bajo tus ojos. Autor: Tobías Enrique Pumarejo. Intérprete: Luis Enrique Martínez.

llevaba ya muy adelantado el curso de melancolía. La felicidad ligera, fugaz y frívola solo era útil como sazonador o condimento, pero la tristeza era a la vez la sustancia y el bastimento de la vida.

Solía, tiempo después, ver el ritual de la tribu de costeños que invadía, cada domingo en la mañana, la cancha de fútbol del Centro Nariño con su equipaje de bates, manillas y bolas Spalding, y se daban a la interminable tarea de completar nueve *innings* sazonados con todo el espectro de *erdas* y *nojodas*, completando los esporádicos lances del juego de béisbol como si fueran pasos de ballet. Se tomaban su tiempo y celebraban sin aspavientos; no parecían pretender estar en otra parte ni ser otros. Me dio por sospechar, tiempo después, que esos costeños *conocían* las entrañas de la tristeza. Y seguro que no muchos de ellos se resistirían a la tentación de bailar mientras sonaba aquello que dice

¡Aaaayyyy! ¡yo tengo un dolor!
No sé adónde me duele.
Yo creo que ese es el corazón,
por las benditas mujeres.

No recuerdo haberme despedido nunca del viejo radio ni de la casita del barrio Techo. Seguramente salí de allí sin darme cuenta de que en ese pequeño paso dejaba un mundo y que cumplía mi minúscula parte en la construcción de un entramado distinto. Por las cotidianas masacres domésticas ya nadie corre a oír lo que dice el radio. No hay consternación ni silencio, y es raro que alguien recite un «pobre Jacqueline», pensando en alguna víctima. Quienes tienen el tiempo contado para almorzar, ven las imágenes de los muertos en la televisión mientras se atragantan un corrientazo. En lugar de decretos de duelos nacionales y emisiones conjuntas de mosaicos de misas, oratorios y réquiems en memoria de nuestras víctimas, hay componendas secretas para asesinar y despojar mientras el mundo sigue su curso, lleno de

esfuerzos denodados por progresar, y las modernas radios y todo tipo de aparejos llenan la vida de una música fácil.

Tal vez esté ganando la partida la idea de que solo hay que ser feliz y de que la tristeza es el único recurso de los pobres de espíritu. «Vaya uno a saber», diría cualquier entendido en esas cosas.

La sangre que parió al mundo

Por Natalia Cuéllar Barón
(Taller Distrital de Crónica)

Mi nombre es Natalia. Proviene de las palabras *Natividad* y *Navidad*: el nacimiento de Jesús. El 25 de diciembre de 2011, a cinco días de cumplir catorce años, y en plena celebración del nacimiento de Jesús, la capa interna de mi útero, el endometrio, moría. Y tal como Jesús nació y resucitó, mi endometrio también lo hizo. Avisando esa muerte —y la vida que hay dentro de mí—, descubriría una grieta sangrante y mi calzón manchado. Ésa, mi blanca Navidad, se convertiría en mi roja Navidad. Nací del bendito vientre y, ahora, mi bendito vientre sangraba.

Mamá me habló sobre ello, pero a mamá nadie le contó. En mamá ocurrió la menarquia a los trece años, en 1981, en Juan Rey, Bogotá, un barrio que, más que barrio, parecía vereda. Encerrada en el baño de la casa en la que vivía, esperó dos o tres horas, porque intuyó que algo no estaba bien en ella. «Para mí no era normal ver que salía sangre de dentro de mí, y menos de la vagina». Con los ojos aguados, cobró valor para decirle a su madre, Ana, que algo estaba mal dentro de sí. Se desahució. La respuesta de Ana: «Busque uno de los chiros viejos que están en la pieza de San Alejo y envuélvalo en sus cucos». María, mi mamá, lo hizo sin recibir ninguna explicación. Seguía pensando que alguno de sus órganos había explotado por dentro y que, poco a poco, moriría. No murió. Algo dentro de sí iniciaría ese día: su ciclo menstrual. Jaidy, sobrina de María, también se encontraría

con su sangre menstrual en un baño viejo. Se asustaría y tampoco sabría qué hacer.

La historia de estas mujeres comenzó en el vientre de Ana —e incluso antes—. Ana, abuela de Jaidy y mamá de María, nació en 1948. Menstruó por primera vez a los 16 años, en Tunja, Boyacá, en la casa de sus patrones —unos riquillos hacendados— en 1964. Para entonces, las toallas higiénicas ya circulaban en el primer mundo. Eran trozos de algodón prensado que no se adherían al calzón. Seis o siete años después, adherir las toallas se convertiría en el mayor lujo relacionado con la «higiene femenina». Pero en Colombia, el acceso a los productos menstruales no era tan fácil —al menos para las clases trabajadoras—. Hoy, casi 45 años después, en mayo de 2022, cerca del 2,2 % de las mujeres colombianas en estado de pobreza absorben su sangre menstrual con chiros, trapos viejos, calcetines e incluso servilletas. Una práctica que las obliga a usarlos, lavarlos y secarlos a escondidas, y que, en el caso de Ana y María, ocurrió por más de diez o quince años, hasta que tuvieron acceso a su primera toalla higiénica.

Usar trapos viejos como elemento para absorber la sangre menstrual no fue lo único que madre e hija tuvieron en común. Ana y María compartieron casa desde antes de conocerse. Ambas, conectadas por el ombligo, le deben su vida al bendito vientre de Uvaldina, madre de Ana y abuela de María; y yo les debo la vida a ellas tres. El óvulo que muchos años después daría origen a María, se gestó inicialmente en el vientre de Ana, contenido en el vientre de Uvaldina. Y María, Ana, Uvaldina y yo nacimos con los dos millones de óvulos que desprendimos y desprenderemos hasta el fin de la menopausia; nacimos con un reloj junto a nuestro útero. Los óvulos, y los pedazos de endometrio que manchan nuestro calzón, no son más que minuteros y segunderos que nos indican en cuál etapa de nuestra vida estamos.

La hora cero de la humanidad ocurrió en un útero. Marina está pronta a parir —o a ser paciente de cesárea—. Quince días de

sospecha porque «no le bajaba» y, tras eso, su mayor añoranza: la maternidad. Quiso ser madre joven desde la adolescencia. Logró quedar embarazada en dos ocasiones: la primera, un aborto doloroso; la segunda, su actual embarazo. Es una mujer de veintisiete años, de ojos luminosos con forma de uvas: mexicana, precarizada, soltera y defensora de los derechos sexuales y reproductivos. Y decir todo esto es poco, porque el coraje de asumir un embarazo a los veintiséis años le implicó zambullirse en las bondades y los dolores que anidan en su útero —su segundo corazón—. Durante estos últimos meses tuvo dos riesgos de aborto. Ama menstruar, pero teme infinitamente que durante su embarazo salga sangre de su vulva. A diferencia de la sangre que fluye por otras causas, la sangre menstrual no coagula. Está compuesta por moco cervical, secreciones vaginales, agua y tejidos procedentes del endometrio. Por eso no toda sangre que sale por la vulva es sangre menstrual. Lo que brota de allí —y lo que no— nos recuerda sobre la vida y la muerte que ocurre entre la estrechez de nuestros órganos. Nos recuerda, pues, que el flujo de la sangre es el flujo de la vida.

En distintas ocasiones de mi vida he menstruado en sincronía con otras mujeres. Nos alineamos, tal como la luna se alinea con la tierra, cíclicamente. Para la ciencia aún no es clara la razón por la que esto ocurre. Sin embargo, lo asocian con patrones de supervivencia: en las civilizaciones poligámicas, si un hombre tenía varias esposas —y estas se alineaban— no podía dejar en embarazo a todas. Esto porque la menstruación es el periodo del ciclo en el que menos posibilidad hay para quedar embarazada. Qué pobre explicación y cuántos vacíos científicos existen a la hora de entender nuestra diferencia. Recuerdo que en septiembre de 2021 bebí de la olla donde mi antigua compañera de casa hervía su copa menstrual. No lo hice porque estuviera persiguiendo sus feromonas; lo hice porque dejó esa olla junto a la olleta del chocolate. A las semanas nos alineamos. No había hombres cerca —lo que podría desmentir la teoría anterior—. Una rebelión de

hormonas moviéndose en cada rincón de la casa. Y aunque pasamos sincrónicamente por los cinco momentos del ciclo, cada una lo vivió distinto. Cada una, porque mientras ella contemplaba el cielo durante la menstruación, yo me acurrucaba alrededor de mi ombligo —porque ella comía bien, y yo, no—. A mí me dolía, y a ella, no. Luego me dejó de doler cuando me suplementé con magnesio. Pero esa es otra historia.

María y Marina no se conocen. No viven en el mismo país. No nacieron en la misma época. Una nació treinta años después que la otra. Ambas estuvieron embarazadas. Ambas abortaron. Ambas, por motivos distintos. María ya era madre. Marina sabía que quería ser madre. En 2005, tras dos meses de embarazo, María sufrió un aborto espontáneo. Encontró una mancha en su calzón mientras orinaba en el baño de su trabajo. Corrió al hospital y abortó. Hace unos días me confesó, con lágrimas en los ojos, que a ese «bebé» nunca lo quiso. Cuando despertó, sintió un vacío dentro de sí. Eran sus órganos reacomodándose. Le habían practicado un legrado. No quería ser madre. Ni por ella, ni por el bebé, ni por el papá. Cree —casi asegurándolo— que fue culpa de ella que su embarazo no resultara. Parió a la muerte, y dos meses después brotaría la vida que también es ella: la sangre menstrual. Porque, para sorpresa de muchos, la menstruación es el inicio y no el fin del ciclo. Hoy, pasados los años desde su última menstruación, y tras la menopausia, un flujo pegajoso sobre su rostro, a razón de los calores infernales nocturnos, le avisa sobre la mujer que sigue siendo.

A Ana la recuerdo humeante, como si un volcán erupcionara en su pecho. Como si su útero llorara lava. Ya no se preocupa por manchar sus pantalones favoritos —al menos de sangre menstrual— ni tampoco por quedar embarazada. Seis ya fueron suficientes. Deseados y no deseados: no tuvo la opción de decidir. De tanto parir, casi da a luz su propio útero. Ahora le preocupa su útero caído. También la incontinencia que llegó con *los calores*, la

osteoporosis y la sequedad vaginal. Eso que acompaña a la palabra «vaginal» —la sequedad—, no me lo contó, pero lo intuyo; e intuyo que no lo hizo por la vergüenza que la desborda al hablar de *esos temas*.

El día que Ana habló conmigo llevaba un saco verde. Como el verde que alumbró las calles colombianas el 21 de febrero de 2022, cuando la Corte Constitucional despenalizó el aborto hasta la semana veinticuatro. Por la época que le tocó, por su clase y por su sexo, Ana tuvo acceso a muy pocos derechos sexuales y reproductivos. Con mucho silencio, vio el mundo a través de su grieta: la de la menstruación, la menopausia, el embarazo y la maternidad. Y aunque muchas veces fue más por vergüenza que por cualquier otra cosa, me hace creer que, cuando su útero lloró sangre y lava, encontró comodidad en su silencio. Ojalá todo esto hubiera ocurrido sin vergüenza; pero ocurrió distinto. Hoy es una mujer que encontró su voz en la vejez. No extraña menstruar; tampoco extraña ser una mujer menopáusica. Y aunque la menopausia se fue, quedaron los calores. Camina despacio y usa los calzones más cómodos que la industria textil ha podido inventar.

A los 32 años, Sara cesó su menstruación. No fue por la menopausia. En septiembre de 2022 Sara tomó la decisión de extirparse el útero. A sus quince años fue diagnosticada con Endometriosis, una enfermedad crónica que ocurre en más del 10 % de las mujeres en el mundo. Su capa endometrial estaba fuera del útero. No tengo certeza de la ubicación específica, pero podría estar detrás de él, en los ovarios, en el recto, en la vejiga o en los intestinos. Su sangre atravesaba como cuchillos las sábanas, los colchones y las telas que usaba para contener su desbordada menstruación. La atravesaba a ella misma. Se unió a una religión[3] tres años después de su diagnóstico —aún sin encontrar

3 No mencionaré su nombre por solicitud de Sara.

tratamiento o solución total a su enfermedad—. Tiempo después se daría cuenta de que, más que religión, era una secta. Durante diez años soportó las violaciones de su esposo. Según las normas de la secta, todos los días debía tener relaciones sexuales con él. Uno de los síntomas de la endometriosis es el dolor al tener relaciones sexuales. En este punto Sara no sabe si el dolor era por eso o por los abusos. Pero había dolor. Siempre hubo dolor. También recibió maltratos de esa comunidad «religiosa». Fue castigada por no quedar en embarazo y por sus ausencias debido a los quince días que duraba en cama menstruando.

Una fuerza extraña la agarraba del útero y la echaba para abajo. Se agotaba, y agotada volvía a la cama, como quien vuelve al vientre materno.

Acerca de su salud, la única preocupación era si estaba o no embarazada. Tenía prohibido ir al ginecólogo. Le decían que tanta sangre y tanto dolor eran un castigo divino, así como su aparente infertilidad. Para ellos, la sangre menstrual era un fluido sucio y, por lo tanto, sucia quien lo porta: la mujer. La grieta de Sara se agrietó por la misoginia de la secta que prometió liberarla de su condición humana. Dentro y fuera de esta religión supo del rechazo por la menstruación y del castigo por ser mujer.

No es necesario pertenecer a una secta para que la idea de la menstruación o la menopausia resulten vergonzosas. Basta con preguntar sobre la palabra con eme para que la mirada se esconda y los cachetes se enrojezcan. Mi roja Navidad ocurrió en la tierra prometida de toda familia clasemediera bogotana: Melgar, Tolima. En una finca rodeada de más fincas. Ni un asomo de droguerías, tiendas toderas o supermercados. Por la lejura, la hora y la vergüenza —pero sobre todo por la vergüenza— envolví toda mi pelvis en papel higiénico. También mis calzones. Esa noche había más mujeres. Ninguna con la suficiente confianza para que mamá, o yo, le preguntáramos por *galletas* —así les decía mamá a las toallas higiénicas—. Como si menstruar fuese un acto indigno, bo-

chornoso y deshonrado —aun cuando en el mundo a más del 51 % de la población le ocurre cada mes—. Dormí boca arriba toda la noche por el miedo a manchar una cama que no era la mía, sobre sábanas que tampoco lo eran. Esperé a mamá y le conté que «creía que me había llegado el periodo». Recordé que a los nueve años me emocionaba pensar en que alguna vez menstruaría.

Marina me contó que a ella le bajó la menstruación entrada en la adolescencia, a los quince años. Ella y sus amigas estaban en una competencia sobre a quién le llegaría primero. Marina fue la última, *la menos mujer*, quisieron decir. A pesar de que yo no fui la última entre mis conocidas, la desdicha me acompañó durante todo ese viaje. Sumergí los tobillos en la piscina todos los días. Era el máximo contacto que —públicamente— podía tener con el agua. Todos los días añoré jugar con mis amigos, usé el mismo pantalón negro, manché mis calzones y detesté las toallas higiénicas. Aún las detesto. Por un momento pensé que había crecido para seguir portando pañales *menos feos*. Nunca entendí cómo las toallas higiénicas brindan comodidad. No sabía de copas menstruales, de sangrado libre ni mucho menos de menstruar sin vergüenza.

Es difícil llegar a cierta edad y no odiar la menstruación. Es difícil cuando, por ejemplo, Jaidy pensó que no podía volver a usar muñecas al descubrir su grieta sangrante —porque había dejado de ser niña—. O cuando María manchó su pantalón blanco de camino al trabajo. O cuando Sara sufrió de ataques psicóticos tras el consumo de anticonceptivos recetados con la promesa de que le reducirían el dolor y el flujo menstrual. Pero no somos nosotras quienes odiamos la menstruación: es un odio infundado en un mundo construido por y para hombres —a quienes, incluso, no se les habla sobre las formas sanas de llevar su sensibilidad—. Un mundo que niega que nosotras vemos a través de nuestra grieta. Esto no es una petición de igualdad. Esto no es una petición. Esto es una forma de señalar, con rojo, sobre la

grieta que somos todas. La grieta fértil que nos hace creadoras de palabras, obras, imágenes y múltiples formas en las que la vida y la muerte se manifiesta.

Sara logró escapar de la secta en 2020. El año de su alumbramiento. La vida la parió por segunda vez. Nació distinta. Optó por empezar un tratamiento ginecológico para tratar la endometriosis. Pero no hay un tratamiento definitivo para ello —así como tampoco hay una causa definitiva—. Tras varios desaciertos, tomó la decisión de realizarse una histerectomía. Durante ese procedimiento, los cirujanos le encontraron un tumor en el ovario derecho, motivo por el cual también le fue extirpado. Nunca quiso ser mamá, así que su infertilidad no la tomó por sorpresa. Hoy, su ovario izquierdo sigue liberando óvulos mes a mes. No sangra porque su endometrio ya no está. Espera la menopausia a los 45 o 50 años. Cuando me cuenta sobre los resultados de la operación, no deja escapar la dicha que representa dejar de consumir tres o cuatro ibuprofenos de 800 mg al día. No extraña los quince o veinte días en los que la falta de tratamientos certeros para la endometriosis la *echaban para abajo*. Su útero no fue su enemigo: fue el desinterés médico, fue la misoginia que atraviesa cada una de las prácticas científicas. Hoy en día, Sara es una mujer que da a luz creaciones hechas con arcilla polimérica. Es jardinera y cocina los fines de semana. Se enamoró de Nicolás y dice que no es una mujer incompleta por no tener útero. Yo le creo.

Mientras escribo esto, Marina se acerca al parto. Ya es madre, aunque no ha parido. Ya quedan diez días o menos. Nacerá mujer. Jaidy llegará a su cumpleaños número dieciocho mientras sus óvulos siguen liberándose —tal como ella, que busca sentirse plena mientras se descubre a sí misma—. Desdeña los anticonceptivos, por dañinos y misóginos. Se niega a usarlos. «Dios bendiga el condón», dice. Ana espera el paso del tiempo mientras sueña que sus dientes son de leche y que le volverán a salir. María se recupera de un accidente mientras sigue con un volcán que bulle

en su pecho. Y yo pienso en los temas que se quedaron por fuera. Las ideas para esta crónica fueron un chorro de sangre que bajó a presión y que no pude agarrar con las manos: se escurrieron.

El ritmo del mundo humano no va en sincronía con nuestras necesidades. Por eso el silencio resulta ser un lugar cómodo en el que, entre nosotras, construimos intimidad. ¿Cómo es eso de que te tengas que levantar a las cuatro de la mañana a trabajar mientras sientes que ochenta alfileres atraviesan tu vientre y sangras como si tu cuerpo llorara por la vulva? No se trata de ser, o no, fuerte, porque eso es lenguaje masculino. Se trata de qué necesitamos para que la menstruación, la menopausia, el embarazo, los abortos, la sangre que sale entre nuestras piernas no nos ponga en desventaja con el resto del mundo ni con nosotras mismas. A mí no me interesa ser fuerte; me interesa entender por qué me duele, por qué me bajó el dieciocho si tenía que bajarme el veintiséis de este mes. Me interesa que la única «cura» de mi dolor no sea consumir pastillas que me atrofian los órganos, que me inducen a las pesadillas más sangrientas —como si mi cerebro también menstruara—. No quiero consumir pastillas que me frenen el periodo, como si un tampón gigante se posara dentro de mi útero e impidiera al endometrio morir. Es atascar al minutero de un reloj aunque el tiempo siga ocurriendo. Es prolongar la vida de una flor que, ya marchita, solo necesita morir. Quisiera que, cada vez al mes, pudiésemos volver a nuestro bendito vientre y parir el mundo de la manera como mejor sabemos: con o sin sangre, con o sin lava, pero sin vergüenza.

En nombre del padre

Por Fernanda Llanos
(Taller Distrital de Cuento)

La luz siempre venía de una vela o entraba reluciente por el quicio de la puerta. Con olor a estiércol de vaca despertábamos todas las mañanas. Con eso y con el sonido de ese radio viejo que de antena tenía un gancho, y que solo sintonizaba hjdoblek. Mi madre nunca pudo dormir sin ruido: la almohada de la conciencia no le dejaba conciliar el sueño. Hacía tres días había cumplido catorce, y mi papi vendría a verme. Era la única cosa buena de la semana.

Sentía que me demoraba más poniéndome la pijama que volviéndomela a quitar. Era sábado, y los sábados, como imposición, debía trabajar. Encontré las botas de caucho, el balde de manija, la ruanita rosada, como siempre, en la misma esquina de la diminuta casa. Llené de valentía mis pulmones, de fuerza extrema mis delgados y rosados brazos, y me lancé a la intemperie.

En la madrugada, las luces de las luciérnagas, de los faros, de las velas, del atrio, me iban alumbrando a medida que avanzaba. Esos días, a esa hora, creía ver y escuchar cosas: sentía lo sobrenatural. Tal vez eran los secretos de la oscuridad, las infamias de las brujas, los mitos de la gente, o mi mentalidad supersticiosa, pero sentía que alguien caminaba detrás: el pollito malo, la Patasola, la Llorona, el Mohán.

Cuando le contaba a mi mamá, ella decía que eso pasaba por no rezar, por ser una pecadora, por llevar el pelo suelto, por tener los ojos negros, por ser una flacucha jorobada y sin gracia (pero,

pues, yo era igualita a ella), y que esos personajes solo se les aparecían a las niñas a las que querían raptar, que algún día en la espesura, y con la complicidad de la noche, me iban a llevar.

Menos mal nunca vi nada; siempre eran una rama, una mala corriente de viento que arrastraba hojas y movía con fuerza los árboles, aunque también los latidos de mi corazón, que del miedo me sonaba como un tambor.

Debía llegar antes de las cuatro de la madrugaba, así que apresuraba el paso; eso me servía para no ver ni escuchar. El sonido de las botas era lo único a lo que estaba acostumbrada, el chirrido de la goma contra el suelo era mi única compañía, y también los grillos y las ranitas del riachuelo que por ahí pasaba.

Eso sí, era imposible no pensar. Pensaba en el duro trabajo de papá, ¡pobrecito! Siempre que le veía las manos le decía que si pequeñas piedras se le habían metido bajo la piel. Me miraba y sonreía; luego soltaba un discurso diciendo que él era un toro, el más valiente, el más temido, el más señor, y que esas marcas las dejaba el trabajo. Luego, con esas manos me sobaba la cara o la espalda, y realmente no se sentían tan ásperas.

¿Qué tanto sabía él de este trabajo que me había puesto mi mamá? Si se lo decía, tal vez no iba a dejar que lo hiciera. Seguro que no lo habría permitido: yo era su consentida, su niñita, su amorcito de primavera. Aunque también pensaba que si le decía, yo sufriría una ajusticiada de fin del mundo, y mi papá no vendría de la finca en dos semanas seguidas. Pensaba en contarle que, cuando me iba, doña Gabriela venía a calentarse un poquito bajo las cobijas de mi mamá.

Pero pues no. Eso mejor no.

Y así, mientras pensaba en una cosa y otra, entre los secretos de mi papá y las prohibiciones de mi mamá, llegaba al matadero donde debía trabajar. Allí, donde las ratas más grandes y carnívoras del mundo se asomaban para ver a qué horas empezaba el festín; donde mis ojos se quedaban suspendidos en el aire como las

antorchas que usaban para alumbrar; donde se colaba ese fétido olor a basura represada. Éramos tantos que parecíamos las larvas que produce la putrefacción, esos gusanitos blanquitos y gorditos que se apresuran a alimentarse de la descomposición. Ahí, en ese lugar donde todo lo que se veía parecía una creación de Satanás.

Mi mamá, la más cristiana, siempre con su camándula en la mano, su vestido por debajo de la rodilla y el dios por delante, como una invocación divina de salvación, me decía: «La Biblia dice que lo único que no se come son los insectos; pero lo demás, el pecado sería desaprovechar». Imagino que doña Gabriela estaba incluida.

Me gritaba que dejara la morronguera y fuera a conseguir lo de tragar.

Y aunque hubiera podido servir tintos, vender helados o empanadas, ella me tenía que enviar al lugar más hostil de la ciudad. Era ritual: cada sábado debía ir al matadero por la sangre para los huevos, el ojo, la jeta y todo lo que el matarife me quisiera regalar.

En realidad era un intercambio. Yo ayudaba a traer el agua, la piedra de afilar, los lazos para amarrar y los tintos para los señores que, de vez en vez, me intentaban manosear. A cambio me daban las vísceras, un pedazo de cuero para vender, las patas para el colágeno o los cachos para tallar.

Yo trabajaba para don Filemón. De la plaza era lo más decente, aunque en muchas ocasiones lo sorprendí mirándome mear.

El momento más duro era verla morir, aunque con el tiempo me acostumbré.

Igual, ¿qué más podía hacer?

La amarraban de las patas con un lazo muy fuerte. Era necesario que se ocuparan dos. Don Filemón siempre contaba con un ayudante que olía más fuerte que los desaguaderos del lugar, desaliñado y descalzo, pero con una fuerza descomunal: reducía a la pobre vaca, la tiraba al piso con una técnica salvaje e inhumana;

le hacía sonar la cabeza como suenan las bolas de billar que no saben tacar, y con todo el efecto pegan contra el pavimento, un golpe seco: ¡paaam!

Ese sujeto de olor nauseabundo, semidesnudo y con aspecto de muerto, empezaba a sobar los cuchillos uno con otro, los sobaba de la misma manera que uno se pone la crema en los brazos. Los sobaba y me miraba fijo sin parpadear, sacaba la lengua y se mojaba los asquerosos labios, se sentaba sobre el buche de la vaca y se abría de patas para que yo le viera la enramada; era muy diferente a la de mi papá.

No sé qué imaginaba, pero yo…, yo imaginaba que le arrebataba el cuchillo y se lo clavaba en la enramada, porque era asquerosa y no la quería ver más.

Era normal que la vaca y yo quedáramos a la misma altura, ella implorando en silencio por su vida, y yo, con el mismo silencio implorando por la mía. El salvaje terminaba de afilar, llamaba a don Filemón y solo esperaban la señal…, la señal para matar.

Le mostraban —nos mostraban— el cuchillo que relucía, que empezaba ancho, pero terminaba con punta de alfiler. Cuando tocaban la campanilla, la vaca abría los ojos y dejaba salir una lágrima del ojo que quedaba mirando al cielo.

Les juro que lloraba.

La vaca lloraba.

Y aunque mi corazón intentaba arrugarse, pensaba en el ojo que necesitaba mi madre para el caldo del desayuno. El salvaje le agarraba las patas, y don Filemón, con un esfuerzo brusco, le buscaba la yugular. A veces le costaba, con esa panza, pero yo necesitaba que lo hiciera bien. Si él se equivocaba, la sangre no era de la buena y ahí sí me podía ir al infierno, porque si a mi mamá los claros le quedaban oscuros, me caía a palo, y en ese caso era mejor estar en el lugar de la vaca.

La experiencia hacía que el señor hiciera bien su trabajo. El animal hacía un gesto que me erizaba la piel: trataba de gemir,

de gritar, pero la jeta la tenía amarrada. Me acercaba mientras don Filemón sacaba con lentitud el cuchillo y dejaba caer en mi balde el mandado, la sangre de un corazón que aún latía, la sangre de la redención, la sangre que me regalaría un bosquejo de sonrisa de mi madre.

Llorar era inevitable. Odiaba esa vida, cuestionaba a Dios bastante seguido. Arrodillarme y rezar nunca me sirvió para nada. Sentía que lo único bueno que pasaba en ese lugar era ver llegar a mi papá. Llegaba los sábados por la tarde como el caballero de la armadura oxidada, con un dulce, una florecita del campo o alguna piedra que me entregaba como si fuera un gran acto de magia.

Eso me hacía sonreír y apaciguaba mis tripas, que desde la madrugada no podía controlar. Verlo era sentir paz en el estómago, verlo era sentir la tranquilidad de que nada malo me podía pasar.

Me sentaba en sus piernas, me rodeaba con sus corpulentos brazos, me quitaba el pelo que me rodeaba las orejas y, con suavidad, me hacía cosquillas en el oído de una manera que no sabría explicar, porque no se sentían las piedritas debajo de la piel. Me sobaba con delicadeza, subía mano por debajo del vestido hasta mi calzón. Mientras mi madre, con un movimiento brusco y mirada ruda, me bajaba rápido de su regazo, él sonreía, y con cara de solo ternura me decía que en ese lugar nadie me podía tocar.

Un día estábamos mi papá y yo en nuestros encuentros de sábado por la tarde, cuando doña Gabriela entró como tornado en tierra ajena. Me dijo que me bajara de ahí, que mi papá no era caballo y que yo no sabía montar. Esa señora, que no terminaba de caerme bien, era metida y chismosa. Yo quería estar ahí, con él, en el único lugar seguro, y que ella se largara al infierno, al monte o a donde fuera que viviera. Sin embargo mi madre la defendía, la protegía, la veía como yo a mi papá.

Cuando coincidíamos todos en casa, se preocupaba por hacernos candil o brebajes que parecían pócimas asquerosas, que para

la vitamina, que para la piel, que para el pelo, que para las uñas, que para la libido. Nunca entendí qué quería decir con eso, pero también me lo daba a mí, y en una mayor cantidad, a mi papá.

Con uno de esos brebajes, años atrás, aceleraron la llegada de mi hermanito. Mi mamá caminaba de la cocina al cuartucho, de ida y vuelta; realmente eran como diez pasos nada más. Ese día mi papi desbarató la cama, le quitó algunas de las tablas, formó una especie de cuna de tela con chiros viejos que yo ayudé a buscar. Vi a mi mamá desnuda, acurrucada sobre las tablas, con esa expresión de pánico que le producía llanto, que le transformaba la cara, que la hacía agarrarse del toldillo como si de ello dependiera su vida. Gritaba, chillaba, aullaba, vociferaba, maldecía, invocaba a los infiernos, solo que ella no tenía la jeta amarrada.

Ese día la vi indefensa. Tenía esa expresión que yo ya conocía, de piedad, de resignación, de aquí no hay nada que hacer. Lo que es, será.

Recuerdo tan pocas cosas de esos días, pero esa en particular la tengo tatuada en la memoria. Después de la parida de mi mamá, mi papá y yo poníamos el caldo. Mi papá y yo nos volvimos más cercanos. Mi papá y yo teníamos momentos en los que yo lo montaba como caballo sin que nadie me bajara de su regazo. Me llevaba al río, se sentaba en una piedra grande mientras yo me bañaba, me cuidaba de algún animal peligroso, o de una mala corriente que me arrastrara. No me quitaba la mirada. Me gustaba que me cuidara.

Desde ese entonces éramos como la fe y los milagros. Todo el tiempo me decía que yo era muy bonita y que debía aprender a atenderlo bien, a cocinar, a prender la estufa, a traer la leña, a cuidar gallinas, a barrer, a jabonar la ropa…, en fin, todo lo que una ama de casa debe saber.

Ese cuento me lo repitió, hasta que mis pechos brotaron y mis piernas se hicieron carnudas, mis vellos salieron por el cuerpo sin control y mi periodo llegó. Me explicó todo lo que una

mujercita debía saber, mientras mi mamá cada vez era más ruda, más antipática, más tosca, y nunca pude saber si me quería o no. Mi hermanito era un mocoso patichorreado que solo quería jugar, al que nadie le ponía nada de atención, y doña Gabriela era la única protagonista en la vida de mi mamá.

Un día de río, de sol, de amor, mientras estaba encarnizado en el discurso de todo lo que su mujercita debía hacer, le pregunté:

—¿Y tener hijos?

—¡No! —me contestó.

Fue la primera vez que lo vi ceñudo. Se transformó, me manoteó, me apretó del codo como si estrujara un limón. «¡Eso no!», decía como torero en plaza. «¡Eso sí que no!», repetía con insistencia. Luego me clavó una mirada confusa, turbia, cruel, como una daga al corazón. Sus ojos se desorbitaron. ¿Y lo del amor? ¿Y lo de la ternura? Pues lo vi desvanecerse como se desvanece el humo o como se derrite la cera delante del fuego.

Miedo. Era miedo lo que lo invadió. Conocía ese miedo a la perfección.

—¿Cree que está embarazada? —me preguntó.

—Creo que sí —contesté con voz temblorosa y desconcertada.

Me agarró como nunca antes, me quería llevar a patadas, me magullaba, me estrujaba, me empujaba, me repetía «estúpida» una y otra vez. Y yo… yo no entendía. Hasta hacía unos momentos, entre la fresca atmósfera del río y el calor incesante del pasto, él me amaba.

Fue tan rápido el andar que en un santiamén estuvimos frente al quicio de la puerta de doña Gabriela. Mi papá tocaba esa puerta como si la fuera a derrumbar, mientras yo, golpeada y estúpida, mocosa y con llanto, sin entender muy bien qué pasaba, estaba como un cubo de hielo, tratando de no respirar. Cuando la señora abrió, hizo una mueca de saber con exactitud lo que pasaba.

—¿La preñó? —le preguntó, mientras soltaba una carcajada estrepitosa y chillona.

—¿Me va ayudar? ¿Sí o no? —insistió mi padre.

—No sé si pueda —le dijo.

Se dirigió a mí con desprecio mientras me preguntaba:

—¿Cuánto tiempo tiene? ¿Hace cuánto no le baja la regla? Contésteme.

Mi papá, mi amor, mi paz, mi tranquilidad, me golpeó la espalda, y por primera vez en años pude sentir las piedritas en sus manos, que se volvieron ásperas como una lija.

—Hable, mija. Nada le va a pasar.

Con mi voz ahogada por el llanto le contesté:

—No sé…, hace mucho.

Ese día supe que doña Gabriela era muy buena con las plantas. Entramos a su casa. El lugar se veía y se sentía como el matadero, o peor. Solo me percaté de un altar. Tenía fotos de muchachos en medio de plantas, velas y muñequitos de cera —le dijo a mi papá que eran sus hijos— y, en un punto más alto, otra foto con unos alfileres que la cruzaban de un extremo a otro, la foto de un señor buenmozo que dijo que era el marido, un hijueputa cuyo nombre no merecía la pena pronunciar. Yo no entendía nada, nada en absoluto. Me confundía porque, cuando iba a calentarse con mi mamá, ella se escuchaba tan… pero tan… diferente, que no sabría ni explicar.

Estaba parada ahí como un cactus, solo escuchándolos. Doña Gabriela le decía a mi papá que era muy peligroso el aborto, que el embarazo estaba muy avanzado, que no había plantas, ni hierbas ni ningún método de succión que pudiera sacar a ese bastardo de ahí. Después de explicarle que yo no podía abortar empezó a darle un millón de razones para que se quedara conmigo y abandonara a mi mamá.

Le dijo que inventara que yo era una putica de taberna y que cualquiera me había dañado, que les dijera a los vecinos o a quien le preguntara que no se sabía del paradero del infame que me preñó, y que por mi mamá no se preocupara, que ella se

encargaría, pero que tenía que sacarme de la casa y llevarme a la finca mientras paría, y que no se alarmara, que yo ya había visto cómo hacerlo sola. Y así le daba una y otra idea en la que la culpable solo era yo.

El pecado solo era mío, la pecadora solo era yo.

Me rompió en mil pedazos, no solo la voz de doña Gabriela sino el cambio de mi papá. Sentía que el cuerpo se me desmembraba por dentro, sentía una llama que se apresuraba por las venas y que me llegaba hasta la cabeza. Mis oídos se agudizaron y mis puños apretaron tanto que las uñas casi tocan los nudillos.

Empezó a nombrar cada insulto como las bolitas de la camándula dorada que mi mamá usaba para rezar: que la estúpida, que la idiota, que la morronga, que la guaricha, que todo lo que no me había dicho antes. Con cada palabra le imprimía más potencia a una fuerza que nunca antes había tenido y fue como despertar de un sueño largo en el que había estado sumergida. Me sentía con un cuerpo que estaba muy pesado pero que flotaba. Quise gritar y lo hice, quise aullar y me vi gritándole palabras que ni siquiera sabía que existían.

Luego vino un impulso extremo y descomunal que me salió de las vísceras. Fueron llegando a mi mente recuerdos retenidos y olvidados. El ayudante nauseabundo al que vi masturbarse una y otra vez en las madrugadas del matadero. Don Filemón, metiéndole los dedos a la sangre que me regalaba, para luego pasármela por la boca como una insinuación de que yo le gustaba. Mi madre, diciéndole a doña Gabriela, mientras se la tragaba bajo las cobijas, que la amaba más que a todos, y que por ella era capaz de hacer lo que fuera. Mi papá, enamorándome cada día para ahora escucharlo decir que yo era escoria.

Doña Gabriela puso sobre mis manos la venganza, la redención, la compensación, y yo solté el hielo y me volví volcán, erupcioné una y otra vez sobre la yugular de mi papá. Y no había balde y no había huevos y no había nadie que me pudiera detener. Ella

se quedó perpleja en la esquina, cerca al altar; una figurita más para decorar, le dije, y me fui con el odio desbordado, la lava escurriéndome en las manos, y los pies solo me llevaron a un lugar, a un río cristalino, a un río que con el sol destellaba millones de luces de colores, en el que mi mamá jabonaba los trapos de todos. Por primera vez la miré de frente con soberbia y solo le pude preguntar por qué no me amó. Era todo lo que quería saber.

Solté una lágrima que la lava que me recorría el cuerpo secó de inmediato, y me subí a una pequeña balsa que estaba en el lugar. Mi mamá, desesperada por saber lo que pasaba, se subió, subió a mi hermano, y navegamos los tres: ella hecha hielo, yo hecha volcán, y mi hermano era simple vacío para rellenar. Cuando la balsa perdió la estabilidad y cogió río abajo, supe lo que debía hacer, y allí, entre preguntas que jamás me hizo y repuestas que jamás le di, fuimos hielo, aire y volcán.

Margarita entre la niebla (capítulos III y IV)

Por Simón López Villamil
(Taller Distrital de Novela)

III

Margarita fue al baño. Se miró en el espejo. Todavía tenía los labios pintados a la perfección de rojo. El rubor se mantenía en su lugar luego del calor de mediodía. Se agachó y abrió una puerta que estaba debajo del lavamanos, sacó una botella de bloqueador y se empezó a aplicar la loción en los brazos. Tenía la piel blanquísima y reluciente, y cualquier rayo de sol le parecía perjudicial. Desde hacía mucho creía tener alergia al sol. El dermatólogo y el psicólogo le habían repetido que las alergias en pocos casos existían verdaderamente, que en realidad provenían de sucesos ajenos, traumas relacionados al objeto o la comida que producía la reacción negativa.

Salió entonces con un gran sombrero y un libro en la mano y se sentó en la única silla que había en el jardín. No tenía nada que hacer. En realidad tenía que escribir, pero lo estaba posponiendo por el momento. Alcanzaba a ver el lago, que se extendía hasta donde la vista se lo permitía. Abrió el ejemplar que llevaba y comenzó a leer unos versos que hablaban sobre un pastor de ovejas que nunca dejaba de seguir a su rebaño. Se sentían seguras porque el pastor no les quitaba el ojo de encima. Continuó leyendo hasta que se durmió bajo el sol. No soñó nada: fue uno de esos desmayos que dejan la mente negra. Sintió de pronto el sol sobre

los brazos y las piernas y corrió hacia adentro, observando sus extremidades con cuidado, en busca de algún cambio de color, algún indicio de quemadura. Su piel estaba intacta.

Volvió al baño y revisó su rostro por unos minutos, como esperando a que apareciera algo fuera de lo ordinario. Todo estaba bien. Los árboles sonaban, las hojas caían sin preocupación a la hierba, que las esperaba con ansias de compañía. Salió de nuevo y caminó descalza todo el sendero hasta la orilla, en donde había unas piedrecillas que se incrustaban en las plantas de los pies. Margarita contempló el agua con las manos en la cintura y los ojos entreabiertos, debido a la refulgencia del sol. El bote estaba allí, unos metros a la izquierda. Lo acercó con dificultad, creando pequeñas olas que se dispersaban en el agua negra. Pudo subirse sin problema y empezó a remar con los dos brazos. De nuevo en su frente surgieron pequeñas gotas de sudor. Miró a su alrededor: las casas de sus vecinos, los patios llenos de flores, las sillas, las mesas y los parasoles y los animales: perros y conejos y gallinas y caballos. Había una casa que a Margarita le parecía preciosa; tenía una huerta con tomates y plantas aromáticas. Era una casa más pequeña que la de ellos, y aun así era una edificación maravillosa. Tenía unos finos marcos rojos en las ventanas, que contrastaban con el blanco de la fachada. Tenían una parrilla y una podadora en el jardín, al lado de los tomates. Había una jaula que parecía acomodada para un conejo, pero en ese momento no se veía nada dentro de ella. Cuando el bote llegó al centro del lago, Margarita puso los remos en el agua, dejando que se balanceara libremente. Metió una mano en el lago. El agua estaba helada. Había pensado en nadar un poco, pero ya no se atrevía.

De una de las casas vio salir a un hombre gordo sin camiseta, peludo en el pecho y con un bigote espeso. Tenía la piel blanca y el exceso de pelo en los brazos y en el estómago lo hacían parecer enorme. Llevaba pantalones cortos y unas sandalias que marcaban unos pies obesos. El hombre se puso una mano sobre

las cejas para hacer sombra y luego movió la otra saludando a Margarita. Siempre andaba desnudo de la cintura para arriba y con una sonrisa tonta en los labios. Tenía la voz aguda y nunca dejaba de saludar a todo el que pasara frente a su casa. Margarita devolvió el saludo y de inmediato desvió la mirada, pero aun sentía los ojos del gordo posados en su cuerpo y en el bote. Lo vio entrando a la casa. En ese momento se decidió a nadar hasta la orilla. El lago no era demasiado hondo, no tenía más de seis brazadas de profundidad. Se quitó el vestido y quedó en ropa interior, llevaba unos calzones negros y un sostén blanco de encaje. Miró a su alrededor nuevamente y también se quitó esas prendas, las costillas se le marcaban y sus piernas eran flacas y pálidas. Completamente desnuda, se clavó de un salto largo y nadó con la inquietud de alguien que se sumerge en una tina llena de hielo. El bote quedó flotando a la deriva.

IV

Con las suaves olas que se desprendían de su cuerpo, el bote empezó a alejarse hacia el norte. Poco a poco llegaría a la otra orilla, el lado opuesto de donde Margarita lo había encontrado. Parecía que no iba a aguantar más el frío: cada parte de su cuerpo estaba congelada, al punto de que le era difícil moverse. Margarita nadó muchísimo: se necesitaban por lo menos tres minutos en el bote para ir del centro a cualquier orilla. Cada vez que sumergía la cabeza en el agua sentía una calma que no podía explicar, una calma que venía de un único pensamiento: la consciencia de su propio cuerpo y las sensaciones que provenían del exterior y se manifestaban en su piel y en todos los órganos internos. Pudo sentir el fondo en uno de los impulsos de las piernas: el lago se hacía menos profundo en los extremos. La parte más honda, sin embargo, quedaba frente de la casa del gordo que antes había aparecido. Una roca podría recorrer algo más de seis metros hacia lo profundo en esa área. Margarita salió tiritando al fin, con todo el

cuerpo dormido, insensible. El sol empezaba a caer. Un viento del norte azotaba los árboles y secaba la piel de Margarita mientras caminaba desnuda mirando al frente, cuidando de que sus pasos fueran de igual longitud. La puerta de atrás estaba abierta, como la había dejado. Unas botas mojadas reposaban al lado de la entrada. Olía a pescado fresco. Miguel había llegado.

Las huellas de unos pies diminutos y empapados quedaron impresas en todo el piso de madera. Margarita recorrió todo el primer piso con el pelo goteando. Subió para tomar una toalla que le cubriera el torso y un cuarto de los muslos. Se secó frente al espejo. La ducha estaba apagada; la cama estaba tendida; las ventanas, abiertas, y las luces, apagadas. Miguel no estaba allí. Margarita pensó que habría salido de nuevo. Inspeccionó el armario pero no había nada raro. No pudo percibir ningún movimiento. Toda la ropa estaba ordenada y ninguna prenda sucia a la vista. Volvió a bajar. El olor a pescado permanecía.

En la cocina, en el lavaplatos, había cuatro pares de truchas de treinta centímetros cada una. Todas estaban limpias, las tripas habían sido extraídas de manera impecable. Margarita tocó una de ellas, sintió la piel plateada con trazas rojizas que tenía a lo largo del lomo. Se quedó allí parada mirando los ojos muertos y vidriosos de las truchas. Un recuerdo le había venido al entrar en la cocina: su madre solía comprar grandes cantidades de pescado congelado en la plaza para prepararlo de todas las maneras posibles. Acostumbraba dejar un filete de mero o de róbalo descongelando en agua, y luego lo fritaba o lo cocinaba en caldo o lo ponía al horno con salsa blanca. El recuerdo de Margarita venía de haberse soñado un día abriendo el refrigerador y viendo todos los peces retorciéndose y saltando como si estuvieran vivos. De repente sintió frío en los pies. Cerró la puerta que daba al jardín. Todavía escuchaba el ruido húmedo de los pescados saltando.

Chardee

Por José Antonio Reina
(Taller Local de Fontibón)

Hace mucho pasó por la docena de citas, Chardee ya perdió la cuenta, mas no pierde la esperanza.

Desde que descubrió Corazones con Experiencia, la página web de personas maduras en busca de una relación seria —como dice su slogan, «La vida no es un ratito, es para siempre»—, sentía que allí estaba su príncipe azul de mediana edad, tan apaleado como ella por las decepciones amorosas.

Ella se prometió no volver a acostarse en la cama de extraños a los que apenas les sabía el nombre, y a veces ni eso, como le solía pasar cuando se guiaba por otras páginas web frívolas y de moda.

Las citas fueron un desastre: sus pretendientes, al verla, caían en el desencanto, de tal forma que la primera invitación se convertía en la última. Aquellos hombres, luego de intentar disimular su descontento con frases triviales y afanes inventados, se perdían, no contestaban sus mensajes o simplemente la bloqueaban.

Concluyó que debía ser por su foto de perfil, una foto de ella a sus treinta años, una época dorada en la que recurrir a páginas de citas era algo impensable; ella tampoco las necesitaba: para ese entonces los enamorados le sobraban. En dicha fotografía se apreciaba una hermosa mujer de figura esbelta y brillo en la mirada. Aquella fotografía solo le sirvió, ciertamente, para enganchar como carnada a peces interesados en lo superficial, peces que se

espantaban al ver que la mujer con la que se habían citado no era la de la foto, y que debieron llegar veinte años antes.

La Chardee de hoy, la de cincuenta años, es muy diferente: su piel, su rostro, reflejan el paso de años duros y complicados, y aunque sus kilos aumentaron, aún gusta de vestir de forma provocativa: usar blusas ajustadas y faldas cortas.

Cambió entonces la foto de perfil por una reciente. Escogió vestir de blusa roja, labial del mismo color, un saco de paño negro y falda también oscura. Rojo y negro, sus colores favoritos; rojo y negro, como el libro de Stendhal, rojo atrevimiento y negro solemnidad, rojo y negro como el ocaso de una tarde y la oscura noche que comienza.

Colgó en su cuello el medallón, regalo de su último y fallecido esposo, y aunque el fotógrafo le insistió en mirar el lente y sonreír, ella prefirió mirar hacia abajo, con gesto nostálgico y algo que denotara el desespero por capturar algunos peces del ciberespacio:

¿Qué esperas?
¿Por qué no te animas?
¡Tengo tanto por ofrecer!,

decía la descripción de la foto en la página de citas.

Dos semanas pasaron desde el cambio de fotografía en su perfil, y cuando ya claudicaba su entusiasmo, un mensaje llegó por fin. Su corazón se aceleró al ver en su bandeja de entrada, allí, en el ícono del sobre, un número uno en rojo. Un tal Eduardo le decía «Hola», un tal Eduardo de cara larga y huesuda, de edad similar a la suya, un tal Eduardo de ojos honestos y mirar tranquilo.

«Un pez ha picado, y como premio, una hermosa sirena», se dijo.

Se citaron un domingo en el restaurante Vincent, al cual había que llegar serpenteando un camino por toda la costa de Cerdeña.

Chardee condujo hasta llegar a la parte más alta. La belleza del sol escondiéndose en el horizonte y la calidez de la brisa marina lograron animarla e hicieron volar su imaginación:

«Seguramente será una cena especial acompañada de velas, buen vino y comida de mar. Quizá el pianista interprete *My foolish heart*, de Bill Evans, en medio de una vista sin igual: el Mediterráneo».

Ella llegó muy puntual.

Él nunca llegó.

Rosita

Por David Barato
(Taller Local de Puente Aranda)

A Gerardo lo conocí hace veintitrés años, cuando yo todavía no tenía nombre. Era de noche, estaba con mi antiguo compañero, y yo ya tenía la certeza de que me iba a abandonar. No nos entendíamos muy bien: era un patán que no me cuidaba y solo me veía como un trasto más. No voy a mentir, no esperaba que Gerardo fuera diferente; solo quería cambiar de ambiente, y una persona nueva podría contribuir a eso.

Gerardo llegó cinco minutos antes a la cita. Vestía una camisa blanca de cuadros con bordes café, y *jean* azul oscuro. Lo vi a lo lejos. Me sorprendió que parecía no tener frío; al contrario: el helaje de la loma parecía abrazarlo. Era como si estuviera acostumbrado al clima, algo que solo se logra con toda una vida de loma. Saludó a mi excompañero con la mano y después le dio un abrazo de esos de cortesía. Gerardo fue al grano: preguntó mi edad, me tocó. Luego preguntó mi recorrido, me volvió a tocar, y mientras le respondían sobre mis falencias, trazó líneas en mi cuerpo con sus dedos. Él no estaba muy convencido, se le notaba. Con la linterna de su celular me alumbraba y me miraba por todo lado. La idea de que la cita fuera de noche no le gustaba. Apenas si nos veíamos: toda luz era opacada por la neblina de la loma. A lo lejos, las lucecitas de las casas y apartamentos; más cerca, la tenue luz de un poste. Mi excompañero lo invitó a seguir, y con mi luz me pudo ver mejor. Pero lo más importante fue que escuchó mi

voz: ahí lo capturé, lo convencí. Por esa época tenía un tono joven y fuerte que se comía las calles. Gerardo no traía mucho dinero, así que pactó un pago por cuotas. Con una parte de mí en sus manos, se cerró el trato. Yo era de él, y él sería mi compañero.

Nuestro primer trabajo juntos fue el siguiente lunes. Llegó faltando cinco minutos para las cuatro de la mañana. De nuevo se veía sin frío, vestía una camisa blanca y un pantalón negro. Ahora que lo pienso, no recuerdo sus pies —¡qué extraño!—; esa era la parte del cuerpo con la que más me tocaba. No me saludó. Solo trazó líneas en mi frente con los dedos. Me miró por todos lados antes de iniciar el recorrido. Metió una mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó la billetera. Buscó un rato, y de uno de los compartimientos sacó una fotografía, una de esas de fondo azul que se ponen en hojas del mismo color; *hojas de muerte*, las llamaba Gerardo, ahora sé por qué. Con los dedos puso la foto en mi frente y solo me dijo: «El día que la usemos es porque vamos a dejar de ser compañeros». Iniciamos el recorrido desde Pinares. Lo usual: muchas personas subían y bajaban, nada especial; solo el nerviosismo de Gerardo, que lo sentía en sus manos cuando me tocaba. Llegamos a Bosa, en donde acababa nuestro primer viaje. Gerardo desayunó en una caseta del patio mientras yo lo veía de lejos. Él me devolvía la mirada cada tanto, y a veces esbozaba una pequeña sonrisa. Parecía sentirse orgulloso de que fuera suya, su compañera.

El primer año de trabajo fue tranquilo. Gerardo había afinado sus habilidades con los números, y nadie le metía un billete falso. Ya no le sudaban las manos, y además, se había dado cuenta de que la parte más espaciosa de mi cuerpo era la de atrás. No se cansaba de decirlo: «Atrás hay más espacio». Un sábado me dio la noticia: «Hoy tendrás tu nombre, mi amor». Ese día tomamos una ruta diferente y conocí lugares que nunca había visto. En el camino, Gerardo decía que viajábamos en el tiempo: «Del Veinte de Julio al Siete de Agosto», se reía diciéndolo. Yo sabía que estaba

contento porque llevaba la radio prendida, y a ratos aprovechaba que estábamos solos para cantar. Cuando llegamos, varias personas hurgaron en todo mi cuerpo, incluso en zonas que ni siquiera Gerardo se había atrevido tocar. Él me miraba de lejos. A pesar de que aprobaba lo que me hacían, todo el tiempo estaba pendiente. Yo era su compañera y él tenía que cuidarme. Cuando estuvieron satisfechos de tocarme, Gerardo se acercó, trazó las líneas en mi cuerpo que ya eran usuales y de uno de los bolsillos de la camisa sacó mi nombre. Letra por letra me fue bautizando en uno de mis costados: «*Rosita*, ese será tu nombre desde hoy, y hasta siempre».

Siempre la misma ruta, nunca más de cinco viajes ni menos de tres, era la regla. El largo tiempo juntos hizo que pasáramos de ser compañeros a ser algo más, algo más íntimo. Yo le cumplía sus caprichos y él cumplía los míos. Cuando nos aburríamos en el trabajo fingíamos no escuchar. Llevábamos a las personas un poco más allá de la casa de su madre. Yo lo veía reír y estoy segura de que él sabía que yo también lo disfrutaba. La radio prendida se volvió costumbre en nuestros viajes.

A los hijos de Gerardo los conocí el 16 de julio. No olvido esa fecha porque Gerardo me puso cintas y moños de color azul cielo. Sus hijos eran como él: habían nacido inmunes al frío de la loma. Su esposa, por el contrario, siempre estaba muy abrigada: gorro y dos chaquetas. Desde que la conocí, tuve la sensación de que éramos amigas. Ella siempre acompañaba a Gerardo a bañarme, y era la que más se esmeraba en hacerlo con delicadeza. Así nunca hubiéramos hablado, yo sentía la obligación de cuidar su matrimonio. Cuando Gerardo invitaba a una mujer a su lado, yo me hacía más incómoda: la silla la hacía más dura y dejaba salir olor a aceite y gasolina. A veces hasta me detenía más fuerte, solo para que sintieran el miedo de terminar estampadas contra mi frente.

Gerardo intentó incluir a su hijo mayor en el equipo. Quería darle una lección de vida o algo así. Yo solo lo escuchaba decir que

la papita no se gana fácil, pero, la verdad, nunca vi que nos pagaran con papas. El trabajo con su hijo no duró mucho: el niño no era muy bueno con los números y una vez lo descubrimos dando mal las vueltas. En esa época no estábamos para errores. A pesar de que Gerardo ya había terminado de pagar por mi compañía, tenía una deuda con el hombre de las gotas, que siempre lo esperaba en el patio cuando hacíamos nuestro último viaje.

Con los años, los viajes se fueron haciendo más largos. Yo ya no tenía la misma fortaleza que cuando nos conocimos, pero hacía mi mejor esfuerzo. Gerardo no siempre me entendía, y a veces me golpeaba, seguido de un «Rosita, mi amor, no nos podemos quedar tirados en medio viaje». No es que yo no quisiera trabajar, sino que a veces sentía que me ahogaba y no podía continuar. Ya no trabajábamos de madrugada: empezábamos a mediodía, y terminábamos cuando Gerardo perdía la batalla contra sus ojos. Llegábamos al patio, y él contaba el dinero una y otra vez, una y otra vez, como si algo le faltara o hubiera perdido algún billete. Yo hasta llegué a pensar que lo que buscaba era la papa de la lección para su hijo.

Una noche tomó la foto en sus manos y pronunció bajito: «Hoja de muerte». Luego la volvió a poner en su sitio y se bajó. Habló un par de minutos con el de las gotas y lo vi perderse en la oscuridad de la noche. Para esa época mi compañero ya no era inmune al frío y tenía que trabajar con saco de lana. Ambos nos estábamos haciendo viejos y la foto de su juventud empezaba a hacerle ojitos.

El último año fue el más difícil. Gerardo ya no trazaba las líneas en mi cuerpo cuando empezaba nuestra jornada. Los días se hacían pesados, el radio no servía o Gerardo no lo encendía. El nombre que él mismo me había dado, ya no lo usaba. Yo trataba de entenderlo. No era sino que nos estuviéramos acercando al patio en el último viaje para que se le helaran las manos. Las cuentas no le daban al final del día y el de las gotas siempre estaba ahí. Más de

una vez tuvo que pagar con morados en la cara lo que no podía con billetes. Una noche no contó el dinero: solo se quedó ahí, en mí, pensando. Luego me habló: «Rosita, mi amor, creo que ha llegado el día». Me sentí feliz y triste. Gerardo me había vuelto a llamar por mi nombre, pero era para darme una mala noticia. Vi la famosa hoja azul, la que yo lo había escuchado nombrar muchas veces y que pensé que odiaba. Gerardo prendió la radio una última vez y empezó a llenar la hoja, deteniéndose solo para tomar de una botella de cristal que tenía en el saco. Cuando la hoja ya estaba llena de nuestras experiencias, estiró la mano y trazó las últimas líneas en mi frente. Después me arrancó la fotografía y, con ella, mi nombre, Rosita, no era hasta siempre.

Orejamatera

Por Natalia Cuéllar Barón
(Taller Local de La Candelaria 2)

Caminaba yo por la calle, y pensé yo que alguien me hablaba sobre el nuevo gobierno. Cocinaba yo unos fríjoles, y pensé yo que algún espanto me contaba sobre un puente caído. Pensé que era el espanto del puente caído. Después, sonó un comercial de crema depilatoria.

Andaba yo sobre el asiento de un taxi, y pensé yo que el conductor había mezclado su voz con una voz grave y dulce, y esa voz me advertía sobre un aguacero que caería en toda la ciudad. Después, sonó una canción de vallenato.

Caminaba yo por la calle, y pensé yo que el aguacero era cierto porque ni la voz del taxista ni el espanto del puente se escuchaban ya. Mucho menos la canción de vallenato ni el comercial de crema depilatoria.

Cayó el aguacero y supe de gotas de lluvia dentro de mi oreja. Nadie habló. El silencio empezó a retumbarme tanto, que no era opción. Era el silencio o el silencio.

¿Adónde fue todo el ruido del mundo?

Desordenada estaba la casa porque tantos *chiros* regados no dejaban que viera sus esquinas vacías. Sucia estaba la ciudad porque su mugre me distraía de la piel que se apaga cuando nadie oye.

Andaba mi cabeza sobre la almohada y supe yo de unas manchas amarillas sobre la sabana. Pensé yo que fue el espanto espantándome. Recordé yo la vez en que mi abuela me contó sobre las

matas de fríjol que crecen dentro de las orejas. Pensé yo en mi orejamatera.

Andaba yo escarbando dentro de mi orejamatera y supe yo de una semilla grande, amarilla y grasienta que me alejó de todo el ruido del mundo.

Sembré yo la semilla grasienta en mi otra orejamatera y supe yo que el silencio desapareció.

Sembré yo dos semillas grasientas en mis dos orejasmateras. Ya no hay vallenato ni comerciales de cremas depilatorias. Oigo yo cómo se arremolinan mis tripas cuando como fríjoles. Oigo yo el aire entrando en mis pulmones. Oigo yo el ruido de mi ovario desprendiéndose.

Supe yo que hay un mundo adentro de mí.

El regreso

Por Catalina Gallo Rojas
(Taller Local de Chapinero 1)

Volvió con la ropa que le pusimos el día de su muerte. En ese momento combinaba con el ataúd, pero ahora se veía como si fuera de otro siglo, y tan solo habían pasado dos años desde el infarto.

Jamás había pensado que regresaría, como lo habían hecho otros miembros de su familia, porque parecía muy decidido a irse. Había quedado viudo, sus hijas ya eran adultas y no tenía ni un centavo. Nada lo ataba a la vida, pero el día en que volvió y se sentó en mi cama, me lo explicó:

—Donde estoy no hay música ni literatura.

Sin decir nada, caminé hasta la biblioteca donde estaban los libros y casetes que me había heredado. Regresé a mi cuarto y, sentada en el piso, abrí *El amor en los tiempos del cólera*. Le leí los párrafos que él había subrayado en vida y nos había leído en voz alta. «Gabo es un poeta», solía decirnos.

Después busqué la grabadora que mi hijo exhibía en su repisa como la última adquisición *vintage*, y la llevé a mi cuarto. Mi padre ya estaba sentado en el sillón donde solía descansar después del trabajo y que ahora yo guardaba en mi habitación. Puse el casete de Susana Rinaldi y juntos sentimos la nostalgia del sur.

No quería irse, entonces me pidió que le leyera algún texto sobre la fe porque incluso ahora, ya muerto, dudaba de Dios. Leímos juntos fragmentos de *Monseñor Quijote*, de Graham Greene.

Por último, me pidió que recordáramos el cuento de Patricia Highsmith sobre el marido que hacía taxidermia, porque ahora le parecía más gracioso eso de conservar cadáveres.

Así se nos pasó la tarde y durante ese tiempo reviví los paseos por la sabana, los restaurantes donde servían un buen bife de chorizo, las noches con películas de terror. Mi padre estaba conmigo.

Cuando terminó de escuchar por segunda vez *Gracias a la vida* cantada por Mercedes Sosa, ya era de noche. Debía irse. Me prometió que regresaría y, contrario a lo que él esperaba, respondí con un llanto ronco. Me miró confundido. Entonces se lo dije:

—No vuelvas, por favor, no soy capaz de volverte a enterrar.

¿Cómo se suicida un perro?

Por Azabache Álvarez
(Taller Local de Engativá)

Rodolfo es una mezcla de labrador chiviado que terminó siendo el acompañante del celador de la cuadra: ni tan grande, ni tan pequeño, pero con los dientes lo suficientemente amarillos y puntiagudos para amenazar, con dolor y enfermedad, a cualquiera que quisiera atreverse a perturbar la tranquilidad del barrio Buenos Aires.

Rodolfo tiene once años bien vividos por la morcilla de agosto, las fiestas de la cosecha y por la natilla de diciembre, eso sin contar los huesos adicionales de pollo, de res o de cerdo que los amistosos de la cuadra le ofrecían hasta en sus últimos años mozos. Rodolfo ya no corre, y verlo cuidar la cuadra resulta bastante indecoroso y, sobre todo, gracioso para varios criticones. Olvidan los 43 ladrones a los que hizo correr, y los cientos de gamines obscenos que hizo huir con los pantalones en los tobillos loma abajo por toda la 33.

Cabe resaltar que Rodolfo no quería ser un perro guardián de cuadra. Si bien estuvo enamorado de don Julio, eso no fue suficiente; llámese *enamorado* de la forma más pura que se puede decir, de cómo un perro se enamora de su hombre, no de su amo, sino de su humano, libres, aunque no exentos de algunas montadas ocasionales en los días calurosos.

Don Julio no ha vuelto a su esquina de siempre: una tos famélica se lo llevó hace algunas semanas al sitio de paredes blancas a la cual Rodolfo siguió la caja metálica con chillidos y luces.

No sabía qué pasaba; sin embargo, ladró, con su voz carrasposa por los años y el frío, ladró como un perro cuando lo separan de su madre. Don Julio no va a volver.

Rodolfo recuerda su deseo de ser un perro correteador de *frisbees*, un perro que conociera el mar, o de tirarse largas horas en el prado de las grandes fincas, su punto medio entre raza fina y mezcla indecorosa lo exilió: nunca pudo ser el guardián de los grandes campamentos, y mucho menos verse libre de la violencia de su especie. Sin embargo, no valía la pena llorar ahora por eso: vio crecer por montones a los niños de la cuadra. Él contribuyó con sus babas a dar los últimos toques de los cimientos de las nuevas casas; pero si algo siempre quiso ver, era el puente que queda por toda la Treinta de Agosto, ese que da vista a un lago semiprofundo tan lindo que otros perros y humanos besucones tienden a mencionar.

Rodolfo se dirige al puente. Sabe a lo que se dirige. El estruendo sanguinolento de su cuerpo escuálido contra un auto no le apetece de ninguna manera: es una forma demasiado extravagante de morir; y probar toda la basura de la calle hasta encontrar algo de veneno es como buscar una aguja en un pajar. Será el agua, hundirse lentamente en la humedad de la muerte y flotar con los ojos cerrados; quizá, ser la portada de un *Q'hubo* sin noticias… No lo sé: la muerte le dará a su cuerpo lo que sea. Él no lo podrá ver.

Rodolfo se sube al barandal, ve la luna y no puede evitar que le salgan grandes lágrimas caninas en honor a su don Julio, a su sueño de agarrar un *frisbee* en el aire, a poder comer una gallina viva de un solo bocado. Allá van, con los restos de sus pelos blancuzcos que la fuerte brisa se lleva al lago. Aúlla por instinto. Como alegoría de su sueño de salvajismo, aúlla solo una vez, y se lanza al lago… El salto lo hace hundir profundamente. Esperó la exhalación para saltar, para así no alargar tanto la espera. Cierra los ojos, pero las patas empiezan a moverse por sí solas. Las cuatro

extremidades se mueven a un ritmo que su ausente juventud puede comprender pero no recordar. No rehúye: no puede hacerlo. Sus patas lo sacan prontamente del lago y él solo puede desplomarse. Mira al cielo, mira a Julio y se pregunta *¿por qué? ¿Cómo diablos se suicida un perro?*

Fórmula

Por Fanny S. Márquez Gómez
(Taller Local de Santa Fe 1)

Entré al consultorio reanimada por mis vacaciones, alegre de regresar al trabajo y molesta por madrugar. Era el primer pacientico del día, y llegó con el papá. Mala cosa: los papás, por lo general, no saben ni dónde están parados.

—¿Y su señora?, ¿esperamos a la mamá? —dije.

—Doctora, ella no pudo venir. Está con nuestra bebé recién nacida, todavía en dieta.

Le pedí que me contara el motivo de la consulta y el señor se quedó callado. Con la mirada nerviosa, estuvo en pausa antes de hablar como metralleta. Que yo era la doctora del peladito y sabría qué hacer, que mientras estaba en mis vacaciones habían venido a consulta y mi reemplazo había remitido al niño a valoración por Psiquiatría Infantil. Que la esposa no paraba de llorar desde hacía unos días, cuando se dieron cuenta de que las agendas de psiquiatría estaban llenas por tres meses.

Yo escuchaba al tipo todo angustiado y me fijaba en el enano, que tenía los ojos perdidos en el piso. Pacientico mío, pero no lo recordaba. Me contó también que desde los dieciocho meses controlaba esfínteres y ahora, con cinco años, se orinaba encima todo el tiempo; que era una pelea para comer; que llegaba del jardín a dormir; que se enfurecía cuando lo levantaban por las mañanas. Entonces paré al señor.

—¿Me recuerda el nombre del niño, por favor?

—Silvestre Vargas.

Silvestre Vargas. El computador estaba lento: casi no abro la historia. Empecé a revisar y sí, el señor tenía razón, yo era la pediatra que lo veía desde que nació; eran juiciosos con los controles, las vacunas estaban al día, el peladito había sido un niño sano, con talla y peso normales, con buen neurodesarrollo, y había acelerado el lenguaje desde la entrada al jardín. Le miré otra vez la carita; seguía clavada en el suelo.

—Silvestre, ¡párate! Te voy a pesar.

El papá lo zarandeó y el niño se puso de pie, caminó hacia la báscula y, cuando se quitó las botas, lo recordé. El niñito estaba demacrado, flaco… Era cierto, había bajado bastante de peso y se llamaba Silvestre. Con razón no lo ubicaba: él era el Gato, así le decía la mamá: «Vamos, Gato, siéntate un ratico». La pobre lo perseguía para quitarle y luego ponerle las botas. Así que yo le había puesto el Gato con Botas.

—Ven, Gato con Botas, siéntate aquí en la camilla.

Silvestre por fin levantó la carita y me miró. Fue solo un instante, pero nos reconocimos. Mientras lo examinaba, le pregunté si estaba contento con la hermanita nueva y movió su cabeza girando el cuello de un lado a otro. Le pregunté si habría preferido un hermanito; repitió el mismo movimiento y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué pasó? Estabas tan contento cuando tu mamá estaba embarazada.

—Yo quería un gato.

Escribí en una hoja de mi recetario: «¡Cómprele un gato!». La firmé y se la entregué al papá.

Instantáneas

Por Carlos Andrés Carvajal Luna
(Taller Local de Bosa)

Hora: 5:45 p. m.
Vimos subir a César a la ambulancia. La camisa llena de sangre se le pegaba a la barriga de lo empapada. Alcancé a agarrarme de la baranda de la camilla para verlo. Creo que no me reconoció cuando lo sacaron del centro médico Medisur. Nos metimos por entre las piernas de la gente, vimos cucos y nos robamos una billetera. Los pantalones se me caían; empujábamos a todo el mundo para poder llegar. A Chiqui se le salían los mocos, y nuestras manos rucias de mugre, como dice mi ma, se turnaban para cargar el balón de fútbol.

Hora: 5:36 p. m.
Corrimos apenas nos avisaron. Todo el equipo se fue disparado para Medisur: del potrero a las calles, de las calles al reguero de gente. *¡A César lo chuzaron!, ¡a César lo chuzaron!…* En la carrera, unos cogían mangos de las tiendas y se los embolsillaban, otros cogían melones que iban a dar debajo de las camisetas, y de cuadra en cuadra aprovechamos para pegarle un calvazo a doña Lilia por pincharnos los balones. Mi primo, que era mágico y tenía todos los poderes, usó su supervelocidad y su superfuerza para llevar al César al centro médico Medisur.

Hora: 5:30 p. m.

Mi primo tuvo que hacerse invisible para evitar que lo encontrara Carlos. Pensó en los cuchillazos que le mandó Carlos a César. Cerró los ojos, se concentró, rogó y contó hasta veinte. Antes de llegar al centro médico Medisur tuvieron que meterse a una carnicería para esconderse. Mi primo era el campeón de las escondidas: durábamos días sin encontrarlo. Todo un pillo, mi primo. Tuvo que hacerse el invisible al cargar al César, pero su poder no le duró mucho, porque los de la carnicería los fueron sacando a escobazos. Que no les hicieran escándalo y que no sé qué. Ahí fue que apareció Carlos. Los encerró en la carnicería y les mandaba cuchillo, y mi primo, como tenía el poder de la velocidad y la fuerza, lo esquivaba moviendo su cuerpo suyo y el de César. Haga de cuenta como moviendo la cintura para lado y lado. Mi primo le decía que todo bien, que ya no más. Carlos, de lo endiablado que estaba, no lo escuchó y más le mandaba el cuchillo a César, y de paso le decía al superpoderoso de mi primo que no fuera sapo, que no se metiera, que lo mejor era que se perdiera. Los de la carnicería ahí se asustaron cuando vieron tanta sangre del César, y ahí sí sacaron a correr a Carlos, y mi primo se escurrió con el chino pa'l centro médico Medisur.

Hora: 5:27 p. m.

En un lavadero de carros desocupado fue donde lo encontró mi primo. César estaba recostado sobre una pared tapándose la barriga. Lo cogió del brazo y se lo echó al hombro. Le decía César a mi primo: «No me deje morir, negro». Y mi primo y él, untados de sangre, cagados de la risa, porque ya habían practicado desde hacía días eso que se decían, pues estaba de moda esa novela de *Los Victorinos*. Ahí fue que escucharon ese dicho: «No me deje morir, negro».

Hora: 5:24 p. m.
César, al doblar la esquina, se salvó de que una botella de aguardiente le diera en la cabeza. Una cabina de teléfonos se atravesó y salvó al chino. También fue porque mi primo se concentró y usó su poder de telekinesis para desviar la botella de aguardiente y que no le diera a César. La traía Carlos dentro del gabán negro, ese gabán como los de Yan Clo Ban Dam. Carlos se mandó la mano adentro y sacó la botella y se la tiró. Casi lo coge.

Hora: 5:22 p. m.
Los pelados amigos de mi primo estaban jugando trompo en la cuadra, y César se había puesto una chaqueta de cuero, un bluyín azul y unas zapatillas severas. Él los miraba jugar cuando llegó Carlos y le pidió una moneda. César le dijo que no tenía, y luego, que sí, pero que no tenía suelto. Entonces César le mostró un billete de cinco lucas. Ahí fue cuando se envenenó Carlos, que ya venía embalado. Le dijo a César que no lo humillara, acercándole la cara a la cara y metiéndole el cuchillo en la barriga. César saltó hacia atrás apenas lo sintió y salió a correr.

Hora: 4:45 p. m.
Carlos venía todo embalado, como si uno fuera el culpable de lo que le pasó: que le había terminado la novia, que había pasado la noche en la upejota, que no le abrieron la puerta en la casa.

Hora: 8:39 p. m.
Mi papá me estaba esperando con la correa en la mano. Era costumbre, pues me decía que no le llegara tarde, que después de las seis no había calle. Ese día no había ido ni a almorzar: la habíamos pasado jugando fútbol todo el día con Chiqui. Apenas mi papá me abrió la puerta, puse el balón de escudo, y le pego el primer juetazo a la pecosa. Pasé al lado de él por el pasillo de la casa y me mandó el segundo, y lo salté, se lo esquivé, y se viene todo

piedro a darme. De todos los intentos, me pegó uno solo, pero es que con esa correa uno solo bastaba. Después le dije que no me pegara, que yo le iba a explicar.

Hora: 8:59 p. m.
Mi papá sale a buscar al superpoderoso de mi primo. Mi papá saca su juguete de cacha blanca con balas de verdad para que a mi primo no le pase nada.

La noche de las estrellas muertas

Por Fabián Espinel
(Taller Local de Barrios Unidos)

El fin de semana que enfermé de dengue, Gabito nos llevó a conocer el mejor lugar del mundo para él: los toboganes de Melgar. Fue en un momento de fugaz y extraña abundancia. Llegó a casa alterado y diciendo:

—¡Marta Lucía! Salió un negocito. Vámonos de paseo con la niña a Piscilago —le dijo a mi mamá, que se dejó convencer por la inédita propuesta.

Esa misma noche empacamos la poca ropa de tierra caliente que teníamos. Viajamos en la madrugada del otro día. No la pasamos mal, pero ese lugar estaba lejos de ser *el mejor del mundo*. Llegué cansada, con malestar en todo el cuerpo. Pensé que era el sol o que había tragado mucha agua, pero luego estaba ardiendo en fiebre. Mi mamá me llevó al hospital y, después de mucho tiempo de espera, nos atendió una joven médica que diagnosticó el malestar como dengue. Debía guardar reposo por una semana, hidratarme, comer suave y tomar acetaminofén cada ocho horas; si la cosa empeoraba, volver por urgencias.

Al quinto día ya no me dolía nada, me sentía bien. Aburrida en la casa porque mi mamá me había prohibido salir, me puse a arreglar el cuarto y encontré el caset dorado entre mi ropa.

Gabito había empeñado casi todas las cosas que compraba, salvo una grabadora vieja Sony que guardaba con mucho cariño. Había sido un regalo que le trajo su hermano Alexis desde Vene-

zuela. En ella ponía los partidos de fútbol y las noticias. En esa grabadora puse por primera vez el caset dorado tan misterioso que Adrián me había prestado.

Mamá, Gabito y yo vivíamos en un cuarto dividido por un muro que separaba los espacios; la cama de ellos y la mía. Ese cuarto quedaba al lado de la cocina. Puse el caset por primera vez mientras lavaba la loza y no lo escuché muy bien, pero me di cuenta de que estaba llevando el ritmo de las canciones con la cabeza. Entonces paré de lavar y me senté al lado de la grabadora. Ahí estuve por un buen tiempo escuchando canción tras canción, maravillada casi hasta llorar. Escuché con atención las melodías, los ritmos y las letras de las canciones que sonaban. Cuando acabaron las canciones, volví a poner nuevamente todo el caset, tantas veces que no recuerdo, pero cada vez que lo escuchaba me quedaba más extasiada. Todas las canciones eran diferentes, todas eran hermosas. A veces cantaba una mujer, en otras, unos niños, en otra, una voz de hombre aguda, otra era una voz femenina, algunas eran en rima, otras, solamente unos coros que retumbaban. En algunas sonaba un arpa, y en otras, la marimba. Sonaban tambores de cumbia, y en otras, guitarras eléctricas. Eran diez canciones que ocupaban los dos lados del caset, casi cincuenta minutos de las más hermosas canciones que he escuchado en mi vida.

Hasta ese momento no sabía que podía sacar canciones solo con escucharlas. Me limitaba a tocar lo que Viviana me decía. Pero con estas canciones fue diferente. Hablaban de los ríos nacidos del páramo, de los miedos del jaguar y las horas de ayuno de las serpientes, del viento que hablaba a los ancianos en las montañas, de remedios para el alma borracha de viche, del exilio de pueblos enteros huyendo de la violencia, de épicas competencias a nado por el Magdalena, de hornos crematorios clandestinos, de sindicatos de brujos caribeños, de sueños de jóvenes emberá chamí. ¡Sentí cosas tan increíbles! Era como si me hablaran directamente de las

cosas que yo siempre esperé oír, aquello que parecía estar cantado en lenguas ancestrales yo lo entendí: la traducción fue innecesaria.

Pasé días enteros pegada a la guitarra, desde la mañana hasta bien entrada la noche, sacando las diez canciones, adaptando ritmos que eran interpretados con instrumentos conocidos y otros seguramente hechos con materiales de cada región. Extrañas sonoridades que hacían preciosas las canciones.

—Oiga, Gina Marcela, ¿es que usted no piensa volver al colegio? Mire que ya pasaron los ocho días de su incapacidad y yo la veo muy alentada tocando esa guitarra día y noche —decía mi mamá, amenazante, parada en el umbral de la habitación con las manos en la cintura.

—Déjeme, mamá, que estoy tocando la guitarra. Le juro que cuando vuelva yo me pongo al día con todo. Esto es importante para mí, me comprometo con usted, pero déjeme ensayar estas canciones en el cuarto. Usted sabe que yo soy juiciosa —le respondía automáticamente, pues mi mente estaba perdida en la música.

Y tenía que estar sonando muy bien —o mi mamá me vio tan concentrada en lo que hacía—, para que no me hubiera guardado la guitarra, alistado el uniforme y llevado hasta la puerta del colegio. No había para ella propósito más importante que verme graduada de bachiller.

Llegué impaciente a la casa de Viviana. Tardó en abrirme. Estaba con Yeison y Victoria. Llevaba una semana llamándolas para que nos reuniéramos a ensayar. Recuerdo que me miraron como si tuvieran un zombi frente a ellas.

—Chinita, ¿usted sí está bien? Mire cómo está de flaca, todavía en pijama, toda despelucada y pálida —me dijo Victoria.

—No es un pijama, es la sudadera de mi colegio. Estoy bien —les dije.

Conecté la guitarra, afiné rápidamente, y sin rodeos empecé a tocar los acordes de la primera canción. Ahí me elevé, me dejé

llevar, cerré los ojos y canté con el alma. En la mitad de la canción me despertó el sonido de la batería, abrí los ojos y miré a Viviana sentada frente a los tambores; como si conociera la canción, se fue juntando a la base rítmica. Victoria no tardó en conectarse; observaba los acordes que yo hacía y se fue mezclando con precisión en la melodía de la canción. Tocamos las diez canciones. Pasamos horas tocando. Seguramente fue nuestro ensayo más largo y más hermoso.

Sin entrar en muchos detalles presenté las canciones como propias. Lo hice por respeto a Adrián, que me hizo firmar el contrato en el que daba mi palabra de que nadie escucharía las canciones que estaban grabadas en ese caset. Igual, estaban interpretadas por mí, eran versiones diferentes; respetaba la esencia de las originales, pero vaya saber si eran originales o lo que había grabado era una versión de otra original. Dije que eran mías para no entrar en detalles de la existencia del caset: al fin y al cabo yo solo quería tocarlas porque sentía la necesidad de hacerlo, me salía del corazón. Yo no buscaba hacerme famosa con la música: yo solamente quería ser feliz.

Mi soledad

Por Martha Judith Noguera Fonseca
(Taller Local de La Candelaria 1)

Quiero que me persiga un perro. No, mejor una perra. Que cuando yo pare, gire la cabeza y la mire, ella voltee la mirada, se detenga y titubee. Ese sería nuestro primer juego. Quiero que me persiga una perra y que me mire con sus ojos de perra sin casa. No no: mejor, de perra abandonada de esas que saben qué es tener casa pero que ya no tienen una. La llevaría a la mía, aunque está prohibido, la escondería debajo de la cama y la miraría a los ojos como lo hacía con Martina, sintiendo que en esos ojos están todos los ojos de los animales desprotegidos. Le hablaría susurrado y le advertiría que no salga, que si la ven, nos botarán. Le buscaría un nombre y dejaría que dormitara en mis zapatos.

Me gustaría que se llamara Tomasa o Francia, y la sacaría a pasear en mi maleta grande, esa que compré para seguir viajando pero que aún no estreno. Saldríamos a caminar, daríamos largos paseos por el parque y pronto me daría cuenta de que es ella la que me saca. Viajaríamos juntas porque tendría un pretexto para comprar un carro y aprender a conducir. Le enseñaría a traer la pelota y a dar la mano. Incluso recogería su mierda mientras ella mira de reojo.

La haría pequeña para que siga entrando debajo de la cama, y grande cuando, en el pasto, necesite de una almohada abullonada para apoyar la cabeza mientras leo las crónicas de Pedro Lemebel o de Fernanda Melchor; las comentaría con ella, aunque

ella solo pudiera suspirar y seguir mirándome con su mirada de perra abandonada, miedosa de que un día la regrese a la calle.

Me gustaría que me persiguiera una perra, y yo la perseguiría a ella. Nos domesticaríamos como el Zorro y el Principito, solo que yo no tendría una rosa a quien cuidar y me quedaría con ella para siempre. Sí, para siempre. Le compraría una casa y nos iríamos a nadar. Dejaría que les oliera el culo a otros perros y que se lo olieran a ella, y nos esterilizaríamos para no parir. Veríamos a las otras perras pasear con sus cachorros, nos acercaríamos y jugaríamos con ellos, pero regresaríamos a la casa juntas, nunca más solas, porque nos tendríamos, y eso sería suficiente.

Me gustaría perseguir a una perra que ya no mirara con ojos de abandono y que moviera la cola a mi saludo, saltara y revoloteara por la casa, que sería más suya que mía. Ambas lo sabríamos, aunque fingiríamos que también es mía. Ladraría cuando llegara alguien extraño, pero rápidamente mostraría su docilidad para que le rascaran la barriga y le masajearan al lado de las orejas.

Me gustaría compartir mi vida con una perra.

Rayos en casa

Por Lía Margarita Rodríguez
(Taller Local de La Candelaria 1)

En la casa de mi abuela los espejos tenían vestidos. Mi abuela había tejido durante muchas tardes, sentada en la terraza de la casa, un ropaje blanco para el espejo de la sala, con letras cursivas azul turquí, y otro traje rosado, con margaritas blancas de botones amarillos, para el espejo de su habitación. Para cuando quiso hacer el atuendo del espejo del baño debió apoyar las nalgas en un cojín para soportar el dolor que deja el paso del tiempo sobre el cuerpo, y resolvió tomar un pedazo de sábana desteñida, con cuadros verdes, y coserle un borde de encaje que llevaba en la mitad una cinta delgada y naranja, como los atardeceres de marzo.

Cada vez que llovía sonaban los truenos y los relámpagos caían sobre la cancha de fútbol ubicada frente a la casa. Entonces, las mujeres de mi casa —mi mamá y mi abuela— salían corriendo en medio de un alboroto a recoger la ropa que estaba en el patio para guardarla y a ponerles los trajes a los espejos, como hace una madre para proteger del agua a un bebé. No era posible, de ninguna manera, que quedaran desnudos en medio de un aguacero. El reflejo de las cosas era un asunto preciado y parecía que una parte de la vida estaba escondida en ellos.

El espejo del baño era el más pequeño, con borde plástico liso de color blanco percudido, que siempre estaba sucio por las salpicaduras de la saliva y la crema dental. No me gustaba porque

estaba muy arriba y yo tenía que subirme en un banquito para poder verme. La imagen que proyectaba era casi nula, como si siempre estuviera nublado dentro de él, aunque podía verse un destello del enchape azul cielo y de un baldosín quebrado por un clavo en la pared.

El espejo del cuarto de mi abuela era una pieza de tres partes —dos laterales inclinadas como orejas chismosas hacia adelante, y una central fija—, que hacía parte de un tocador de madera. En las mañanas vislumbraba, por alguna de las secciones, cómo mi abuela se hacía una trenza en su pelo negro y la envolvía alrededor de la cabeza.

Yo pisteaba el momento en el que todas se ocupaban para ir hasta el tocador y tomar el labial rojo para pintar a mi muñeca Cintya. Era de trapo, con un vestido fucsia y tres pelos de lana amarilla: uno en el centro de la cabeza y los otros dos ubicados hacia cada lado del hombro. No tenía sonrisa, pero sí unos ojos grandes que te miraban como con rabia. Era fea, pero yo creía que si le ponía labial algún día se vería bella, porque solía escuchar a mi madre decir que el colorete hermoseaba el rostro. Le pintaba los ojos, los cachetes y la boca con el colorete comunal que usaban en público mi madre y mi abuela, y que yo ponía en secreto sobre la piel de mentiras de mi compañera de juegos.

El espejo de la sala era redondo, con un marco de plástico que simulaba ser madera color cámel, con muchas ramitas que se enroscaban entre sí. Estaba ubicado frente a la ventana que daba al patio y reflejaba los palos de mangos. Yo sabía cuándo el mango estaba maduro o en el punto exacto para comerlo biche, con sal y limón, porque lo veía en el espejo. Sabía también qué días mi mamá estaría más cansada de barrer porque podía ver en el reflejo las hojas caídas y amontonadas en la tierra. Ese, más que un espejo, era un cuadro móvil en el que los mangos pasaban de pequeños a grandes, de verdes a rojos, y las hojas caían amarillas antes de tornarse marrones ya en el suelo.

El espejo no se movía por fuera pero sí por dentro, porque si yo daba unos pasos hacia la izquierda, podía ver de reojo la estufa de la cocina. Me gustaba, sobre todo, ver, a través de él, a mi abuela cocinar, ponerles las hojas de bijao a los pasteles, preparar vinagre con comino, ajo, piña y panela, y hacer las bolas de arepas para luego aplastarlas. Aprendí a cocinar en mi mente, a medias, gracias a las recetas del espejo. Verla hacer, por ejemplo, el dulce de leche cortada: echaba la leche y la rayadura de limón; revolvía, esperaba, le ponía azúcar y revolvía otra vez. Por más que me concentraba, nunca logré ver que sacara las tijeras para cortar la leche, el paso más importante de la receta que dejaba la casa oliendo a dulzura.

En el pueblo llovía en todas las fechas importantes: el Viernes Santo, la Navidad, el Día de los Muertos, el de la Independencia y el de mi cumpleaños. A veces yo veía las nubes vestirse de funeral, por encima del reflejo de los mangos. Luego, cuando caía el agua, la gente grande salía a trotar bajo las gotas, sin importarles los espejos de su casa, y yo los observaba atenta desde la terraza, viéndolos correr, preguntándome si mi abuela tejería un vestido para todos los charcos de las calles en donde brillaban, reflejadas, las flores de buganvillas moradas que había en cada casa.

Una tarde calurosa le puse a Cintya unas hojas en el pelo para llenar los huecos que la lana amarilla no había podido cubrir. La tomé y la puse frente al espejo de la sala para que apreciara el resultado de mi trabajo. Me distraje por un segundo al notar que mi abuela espantaba, en el patio, los pájaros que pretendían comerse los mangos maduros. Les gritó que esos eran los de los jugos y ellos no hicieron caso, así que tomó varias piedras y las lanzó al árbol. Un grupo de aves marrones voló y salió del marco redondo y cámel, y mi abuela volvió al encuadre de mi mirada y a su puesto de trabajo, con el delantal amarillo amarrado a la cintura.

Mi abuela solía decir que olía la lluvia y yo le creía, aunque mi mamá comentara que nunca atinaba. Cuando la miraba de

reojo, aspiró el aire mientras preparaba fríjoles para el almuerzo y dijo que pronto caería un chaparrón. «La lluvia», decía mi abuela, «es un animal al que le gusta crear caos. No aparece con puntualidad, pero en cualquier momento toca el suelo y crea el desorden».

Mi mamá estaba desgranando el maíz biche para hacer las arepas. Estaba cansada, pero no se quejaba. Antes de dedicarse a los granos amarillos había lavado la ropa: treinta y cuatro prendas, todas restregadas con sus manos pequeñas que se arrugaban. No hacía mucho se había sentado en la silla cuando la bestia acuosa se desparramó sobre el pueblo.

Salió corriendo al tendedero de cabuya del patio y agarró calzones, sábanas, camisetas, fundas, faldas, medias, blusas, un par de pantalones y otras cosas más. Recogió las prendas una por una al principio y luego todo el bojote junto en una ponchera. Con la ropa todavía húmeda fue rápido a ubicarla por toda la casa, porque sabía que, cuando se mojaba con el agua de lluvia, quedaba oliendo a abombao. No estando dispuesta a perder la lavada del día, dispuso las prendas en las sillas del comedor, en los marcos de las puertas, en los bordes de la mesa y donde hubiera espacio libre por toda la casa.

El cielo centelleaba, haciéndome pensar que no habría tiempo en el mundo para una siguiente tormenta. Los truenos marcaban la huella de los rayos, la senda que todos intuíamos. Entonces mi mamá recordó la tarea: «¡Los espejos!».

Mi abuela había salido corriendo unos segundos antes de que mi madre mencionara alguna palabra. Estaba ya en su cuarto terminando de acomodar el tejido de margaritas sobre el espejo de tres secciones, por el que se escapaba un punto de luz iridiscente. Mi mamá, aún con un brasier mojado sobre el hombro, aceleró el paso para poner la sábana sobre el espejo del baño. Una gotera resbalaba sobre este mientras lo vestía.

Yo cogí el traje restante, con las letras azules. Tomé el espejo de la sala con la mano izquierda, y cuando intentaba ubicar, con

la mano derecha, el tejido en el borde del espejo, la vi: la cara de Cintya estaba en el reflejo, pero dentro. Se movía, intentaba sacar la mano para tocarme. Solté el ropaje para extenderle mis dedos, embelesada por el movimiento de mi pequeña amiga. En un descuido, la mano izquierda se movió, y el espejo cayó al piso en pedazos, al tiempo que la olla de presión, que llovía por dentro, explotaba arrojando los fríjoles al techo, con un estruendo.

Una parte de la vida se queda siempre en un espejo.

Eremophilus mutisii

Por Johanna Uzuriaga Aguilar
(Taller Local de La Candelaria 1)

Todas las cosas que tienen nombre, alguien las nombró. En tu caso, fue el científico Humboldt quien te bautizó exquisitamente, pero de manera muy vulgar te llaman «capitán de la sabana». Antes de conocerte, te creí un mamífero cuadrúpedo con cachos, pero no, eres un pez sin escamas, de ojos que son casi imperceptibles, bigotes que te hacen señor y una piel que tiene inscrito un idioma que ningún mortal puede descifrar.

Tu fealdad es un camuflaje que solo permite que se acerquen las almas más nobles y solitarias, esas ancestrales que conocen las sombras porque han descendido al Hades y luego han ascendido a la tierra para construir cielo en el suelo.

Al adentrarme en tu historia conocí el primer nombre que se te dio. Este va más contigo y conmigo: *Eremophilus*, que significa «amante de la soledad», y tu apellido, *mutisii*, viene de «mutis», «mutar» o también «silencio». Entonces me surgieron las ganas de jugar con las palabras y te pensé como un amante de la soledad que muta en silencio.

Una vez escuché que, si desciendes hasta el fondo de un cuerpo de agua fría y dulce, escucharás el silencio absoluto, no podrás escuchar ni tus pensamientos, solo a tu alma; y cuentan que, si aguantas la respiración lo suficiente como para no retroceder con el horror de la misma, podrás ascender hasta la luz que se ve allá arriba.

Capitán del río, guardián de mi introspección, gracias a que vivimos en las sombras, abrazados a nuestra soledad, podemos concebir la más deslumbrante belleza, porque, como no conocemos la luz, solo la imaginamos; no nos ciega ni la vemos lejana: la tenemos dentro, como regalo divino que solo compartimos con quienes se atreven a entrar en nuestra oscuridad.

Allí

Por Alexander Madrigal
(Taller Local de Teusaquillo 1)

El vendedor en el puente siempre está allí. Temprano, en la mañana, ya tiene su puesto ambulante instalado en el mismo lugar. A veces él no está, pero su puesto, sí, como muñeco de ventrílocuo. Los tapabocas desechables y de tela con colores fundidos, los audífonos baratos en sus cajitas ajadas, los lápices de colores con cabezas deformes, los moños y coleritos en su lámina traslúcida…, incluso un *stock* de protectores de control remoto que ya no se venden y que el sol convirtió en piezas jurásicas. Lo acompaña un radio que habla por él, anunciando, con ánimo fingido, que no me puedo perder las fantásticas promociones en sus «últimos días», repitiendo una y otra vez lo mismo, con esa ya ronca transmisión que se apaga por el desgaste de una batería cansada. Cuando llueve, aparece la gran sombrilla de carrito de hot dogs color azul con bordes blancos como el manto de Dios, cual hongo en forma de colina, amarrado con unas cintas de pompón y una cuerda desgastada. Él a veces lleva botas de caucho y siempre usa gorra, y algunas veces, una vieja chaqueta que coloca en el butaco, quizá para acolcharlo un poco. Junto a él pasan los transeúntes diarios, y yo entre ellos. Siento que me conoce, pero no lo saludo: no me quiero ver dentro de su retina de espejo. Me sorprende encontrarlo en otras partes: en otros puentes, otras calles, otros barrios y localidades de Bogotá, siendo siempre el mismo, con otros ropajes y productos, unas veces con actitud de quimera y muchas otras de aceptación; es él, como es el mismo mecánico,

el mismo mendigo, el mismo tendero, el mismo desplazado, el mismo poeta…, incluso yo mismo cuando intento garantizarme el sustento del día a día, como todos los demás que siempre transitan, que siempre están allí.

Boceto fragmentario de una araña

Por Germán Vanegas
(Taller Local de Santa Fe 2)

Arriba, en la unión del techo y la pared, una obstinada araña me observa a cada tecleo.

Quizá su tarea monótona se equipare a la mía: a cada signo impreso sobre este simulacro de escritura, avanza un tramo minúsculo de su telaraña y así, con los ojos cansados y la mente sostenida entre las fantasías diurnas que ya gotean y escurren su coherencia, se arma un entramado en el espacio, una complicidad entre dos seres que habitan esta habitación un tanto sombría.

Mientras teje parsimoniosamente y me mira, me pregunto qué imagen fragmentaria ven esos ocho ojos y si esos fragmentos corresponden a como me siento ahora, a esta multiplicidad de seres, agobiados unos, vencidos otros. Es tarde y presiento que esta escritura somnolienta es como un trampolín entre hombres y bestias, como la tinta y la noche: la primera, medida, cautelosa y secreta; la segunda, desbordada, desaforada en el festín de todo lo no dicho.

Mientras tejo este entramado, se oscurecen las ideas y los perfiles de dichas ideas. Lentamente la noche entra en el texto, arrebata un sentido aquí y allá, y de pronto una araña gigante oprime el teclado y desbarata una a una las teclas, y engulle el aparato del que me alimento a diario, y yo-araña grito, maúllo y chillo entre la digestión de cables, luces y botones, y rompo la ventana para salir a cazar las palabras que necesitará este texto al despertar.

El visitante

Por Duván Ocampo
(Taller Local de Chapinero 2)

Me visitó en la noche. Tomó posesión de mí. No me quejaré. Su sexo es magnífico.

No me preguntó nada. No musita palabra. Pero hay un contrato entre los dos. Es evidente. Yo acepto. Él obtiene. No me permite encender la luz, pero he accedido a sus términos.

No me ha lastimado a propósito, aunque me hiere constantemente. Todo comenzó en verano y me acostumbré a llevar faldas largas, pantalones ligeros y bufandas de seda o poliéster. Todo para cubrir los moretones en el cuello y los rasguños en las piernas.

Mi madre quizá sea quien más aprueba este repentino cambio de atuendo. Solía quejarse de mi actitud provocadora y de que enseñaba siempre más piel de la que cubría. Ya no necesito las miradas de los chicos del barrio o de la escuela. Todo lo que quiero es sentirlo a él, aunque no pueda verlo.

Llegué a pensar que lo imaginaba, pero el sexo me duele. Y su aroma, su aroma se queda siempre. Si no fuera suyo, sería desagradable. Huele a la entraña húmeda del bosque. Huele a musgo y a sangre de animales pequeños. Pero en ocasiones huele también a rocío. Después de madrugadas como esas, conservo las sábanas hasta la noche siguiente.

Sé que no es humano. Por supuesto que no es humano, pero algo me dice que también lo es.

No lo llamo *bestia*. Incluso llamarlo así me excita. No lo llamo *bestia* porque no sería justo. Puedo percibir que es inteligente. Cada noche viene hacia mí. Podría entrar en cualquier otra casa o en otra habitación, pero no lo hace. Ingresa con sigilo por mi ventana, que en verano permanecía abierta y ahora dejo sin cerrojo. No destroza nada a su paso aunque su tamaño es imponente. Sabe que es mi dueño, pero creo que espera que lo acepte sin tener que violentarme. No trae consigo nada más que su deseo, y eso es suficiente.

Siente algo por mí, quizás porque soy abnegada, aunque no conocía eso en mi personalidad. Todo esto me confunde y atemoriza, pero no quiero dejarlo. ¡Qué importa que no pueda comprenderlo!

Cuando mi visitante se aproxima al tejado, oigo sus alas desplegadas y poderosas. Para ingresar a mi habitación las repliega y avanza con sigilo hasta abalanzarse sobre mí.

No puedo ver bien sus alas en la oscuridad, pero las siento agitarse rápidamente cuando está cerca del éxtasis. Son negras, asumo, porque cargan un lustre de petróleo que absorbe los restos de luz.

Siempre lo espero desnuda. No le gusta molestarse con rasgarme la ropa. Y eso me evita tener que explicarle a mamá por qué el camisón está destrozado.

Pero anoche no me desvestí. Anoche le pasé el cerrojo al marco de la ventana. Lo escuché revolotear y soltar un aullido que me congeló el alma. Sentí su respiración empañando el cristal, pero me quedé agazapada en la oscuridad esperando a que se cansara. Pudo derribar la ventana y los muros de mi habitación sin esfuerzo, casi con el solo pensamiento, pero no lo hizo. Creo que él también es consciente de nuestro pacto y que eso incluye darme una ilusión de libertad, al menos temporalmente.

Llovió mucho, como sucede cada noviembre. Soy afortunada: los truenos opacaron los alaridos de mi visitante.

No es que no quisiera recibirlo: en realidad, no puedo. He vomitado durante dos días. Tengo las piernas inflamadas y no puedo siquiera pensar en comer. El aroma de la comida me provoca asco o desgano.

En la tarde acudí a la farmacia. Tuve que regresar y sufrir la doble vergüenza de ser todavía una niña que pedía dos veces seguidas un test de embarazo, supuestamente para su madre, que estaba convaleciente en casa. Todo ante la mirada incrédula de la dependiente, quien no parecía haber pasado por esas angustias, a falta de sexo en más de cincuenta años.

Mentí. Sí que mentí. Pero no podía admitir, en un pueblo pequeño, que podría ser una cría a punto de criar a otro crío.

Fui dos veces a la farmacia porque malogré el primer test de embarazo con una micción nerviosa que irrigó todo menos su blanco. Cuando quise corregir el disparo de orina, se me escapó de las manos la paletita de plástico y fue a parar al fondo del inodoro. El test se estropeó irremediablemente.

Para usar el segundo test sí me concentré y el resultado fue concluyente: estoy embarazada. ¡Estoy embarazada! Yo, que hasta este verano había sido virgen.

No quiero creer que sea la única. Al parecer lo mismo le sucedió hace siglos a una mujer llamada María. Nos leyeron esa historia en clase de religión.

Según dicen, Gabriel, su visitante, tenía las alas blancas. ¿Quién soy yo para discutirlo?

En clase de religión también aprendí que hay que creer sin ver. Alas negras o alas blancas: es un asunto de percepción.

Inhabitable

Por Federico Baraya Galán
(Taller Local de Chapinero 2)

Semana cinco

En alguna parte del mundo debe haber buenos padres. La frase no salía de mi cabeza, ni siquiera mientras veía televisión. En el noticiero, Osorio, periodista que cubre las calles de Bogotá, hacía un paso en cámara cuyo recorrido mostraba lo que él llamaba «el hogar de un indigente», y lo que yo entendía como un escampado debajo de un puente de esta ciudad. Se podían ver los sofás rotos, las ollas colgadas en paredes llenas de moho, las sillas corroídas, un televisor antiguo de cola con manija para cambiar los canales. Detrás de Osorio, un perro negro acostado sobre un colchón protegía un pedazo de pollo y le gruñía a la cámara. El periodista, antes de devolver la señal al estudio, a forma de editorial se despidió preguntando si un lugar como ese era habitable.

Semana veinte

—No siento a León —la voz de Gabriela sonó desde el baño del cuarto.

Tenía las manos sobre el vientre y los ojos rojos. Al ver que no hacía nada, lo volvió a decir.

—No siento a León.

De nuevo no supe qué responder. Me dio la espalda y cerró la puerta del baño. Me costaba entender a qué se refería con esa frase si yo todavía podía oír el maldito sonido del corazón del bebé.

Golpeé con cuidado la madera. Le pregunté, tratando de sonar preocupado, «Cómo así que no lo sientes». No respondía. Pasaron cinco minutos, tal vez más, me senté, cansado, y recosté la espalda contra la puerta. Adentro, alcanzaba a oír, ella hablaba con alguien. No sé qué decía. Solo sonaba como esas personas que no logran pronunciar bien porque están angustiadas y llorando y sus palabras suenan vacías, sin vocales, planas. El grifo del lavamanos se abrió; oí el agua que caía. Gabriela salió.

—Vámonos rápido —dijo. Tomó una chaqueta del clóset y las llaves del carro.

Semana seis

Empecé a hacer listas mentales contra el bebé desde que Gabriela me contó sobre el embarazo. Imaginé que si ponía toda mi concentración en matarlo antes de que naciera, lo lograría. Así como, en varias ocasiones en mi juventud, enfermé a mi padre los días después de que llegaba a la madrugada y le pegaba a mi madre. Sin embargo, por más que lo intentaba, las listas salían todas mal: en vez de pensar en cómo podría morir o desaparecer del vientre de mi esposa, lo único que salía de mis proyecciones eran imágenes de un bebé que lloraba sobre los brazos de ella. Entonces empecé a esforzarme más. Cada vez que una imagen de un recién nacido con los cachetes colorados se colaba en mis momentos de destrucción mental, sacudía la cabeza y empezaba de nuevo. Lo intenté todo. Busqué música satánica. Videos en internet de personas que mataban animales. Hasta apliqué la estrategia de los actores de traer a colación escenas específicas de su vida para llorar, o reír. En mi caso, busqué a mi padre en la memoria, y ni siquiera los recuerdos de él me ayudaron a construir una lista que acabara con mi hijo. Era urgente. Necesitaba quitarme de la espalda la posibilidad de que yo podría convertirme en padre.

Semana quince

Hasta que la ciencia me dio una mano. Acompañé a Gabriela al examen de amniocentesis.

—Qué es eso —le pregunté.

—Es un examen que les hacen a los bebés para saber cómo vienen. Pueden descubrir si tienen síndrome de Down, por ejemplo, pero nuestro León está perfecto —dijo.

Entramos al consultorio. Las fuerzas de la desgracia venían cogidas de mi mano. La silla negra del doctor Poncetti, el obstetra de confianza, los codos apoyados sobre el escritorio de madera falsa, el ojo izquierdo caído detrás de los vidrios pesados de las gafas y atento a la pantalla, nos recibían. Atrás, el infinito blanco de las paredes. Mi esposa se acostó boca arriba en una silla gris que se veía fría. Poncetti empezó a mover el transductor por todo el hogar del bebé. Luego introdujo una aguja en el abdomen de Gabriela, que llegó hasta el niño, y sacó una muestra. «De qué», le preguntó Gabriela, y él respondió que era líquido amniótico. Quince minutos duró el examen, que me ayudó a construir las listas mentales que necesitaba para hacer que desapareciera mi posible hijo.

Esa misma noche, acostados en la cama mientras veíamos de nuevo el noticiero, ella enumeraba las razones por las cuales creía que íbamos a ser unos excelentes padres:

—Aprendimos de los errores de los nuestros. Estamos bien de dinero y de la cabeza. Tenemos un matrimonio lindo, un hogar estable y mucho amor para dar.

—¿Qué pasa si viene enfermo? —pregunté.

Gabriela le bajó el volumen al televisor y me miró. Sus ojos negros me recordaron al perro que protegía un pedazo de pollo en el colchón del indigente.

—León está perfecto. —Acomodó su cuerpo en la cama y me dio la espalda.

No podía dormir. Apagué el televisor con la esperanza de hundirme en el sueño. Pero la idea de ser papá de alguien no me dejaba

en paz, y ahora tocaba sumarle la posibilidad de que estuviera enfermo. Intenté hacer de nuevo una lista mental para matar al bebé. No salió nada. Traté varias veces, hasta que empecé a escuchar un latido. Pensé que era mi corazón. Puse atención y caí en la cuenta de que venía desde Gabriela. ¿Es el de ella? Acerqué con cuidado mi oreja a su espalda y sin despertarla, oí. No, no venía de ella. El latido era de él. Tac-tac-tac. El sonido metió preguntas en mis pensamientos. ¿Qué pasa si sale deportista? ¿Podré enseñarle a patear balones? ¿Le podré enseñar a montar bicicleta? ¿Qué tal que desde chiquito encuentre que su vocación es el violín y pueda usar el que me regaló mamá cuando tenía apenas siete años y nunca quise utilizar? Las posibilidades eran infinitas. Lo imaginé en brazos de mis tías, de mi suegra y suegro. A mamá, sosteniéndolo y llorando de alegría. ¿Ser padre es tan malo? El latido de su corazón, finalmente, me arrulló hasta el sueño.

Semana diecisiete

Pero como les dije antes, la ciencia me ayudó con las listas mentales iniciales. A las dos semanas del examen de amniocentesis nos vimos de nuevo con el doctor Poncetti. Abrió la consulta con palabras de ánimo y, antes de que yo lograra entender para dónde iba todo, Gabriela ya estaba llorando. Quién sabe el doctor cuántas veces habrá preparado esas palabras antes de la consulta o cuántas veces habrá tenido que decir estas malas noticias a los muchos padres que conoce.

—Los resultados nos son buenos. El bebé viene enfermo.

Así, el dique se abrió y la lista mental que tanto busqué llegó ahí mismo en el consultorio.

1. Una horda de metaleros con botas puntudas patean el vientre de Gabriela como si fuera un balón de fútbol.

2. Una aguja abre camino por el hogar del bebé y llega hasta su corazón para chuzarlo. Una. Dos. Tres veces. Hasta que la sangre se riega como semen y flota dentro de mi esposa.
3. Gabriela toma una pastilla que llega hasta el bebé, luego explota.

En el camino de vuelta a casa, me costaba concentrarme en manejar por culpa del latido del corazón. Gabriela no hablaba, solo lloraba. Un semáforo en rojo nos detuvo. Un perro negro caminaba cerca de un puente. ¿Será que debajo de la edificación hay otro escampado en el que vive un indigente? Un indigente al que sus padres le fallaron a tal punto que se convirtió en un hombrecalle, un hombremugre.

—¿Por qué nos está pasando esto a nosotros? —dijo Gabriela

Habría sido imposible contarle que llevaba desde la semana dos intentando matarlo con el pensamiento. Habría sido imposible contarle que a pesar de mis esfuerzos sobrehumanos, igual, lo único que lograba era enternecerme con la idea de que iba a tener un hijo. Lo mejor era andar con cautela. Pero el sonido de ese maldito corazón no me dejaba, tampoco, pensar con calma. Gabriela empezó a llorar con tanta fuerza que por unos minutos los latidos se perdieron. Dejé de oír la vida del bebé. Corrí a toda velocidad por las últimas calles que nos separaban de nuestro hogar y pensé en la lista que había construido en el consultorio del obstetra.

Esa misma noche, después de un baño en la tina, Gabriela se acostó a mi lado. Olía a vainilla. Seguro recorrió todos los pasillos del internet en busca de esperanza. Y, después de picar en todos los enlaces que le salían, encontró uno que la calmó. Empezó a leer en voz alta un blog de internet. Eran historias de distintas mujeres a las que la ciencia les había dicho que su hijo venía enfermo y al nacer todo estaba perfecto.

—Nuestro León podría estar bien —dijo ella.

—¿Y qué tal que no? —respondí—. Qué tal que venga enfermo. Este mundo no es habitable para personas como él.

Gabriela, con su pelo rojo que parecen haberlo pintado con achiote cuando nació, me miró con ojos llenos de ira y, mientras el latido del bebé golpeaba mis oídos, ella zanjó la conversación para siempre.

—León nace porque nace.

Semana veinte

Desde ahí, hasta ese momento en el que Gabriela me dijo que no sentía a León, redoblé mis esfuerzos en construir listas mentales en las que el bebé moría o desaparecía del vientre de mi esposa. Todo lo hacía mientras sus latidos, convertidos en el *tinnitus* más severo, me producían dolores de cabeza que me provocaba arrancarme los ojos. Podía utilizar audífonos para cancelar el sonido, y el ruido de su corazón era aún más fuerte. Podía estar lejos de Gabriela, ella en el cuarto y yo en el estudio, e igual los sentía. Mis únicos momentos de refugio eran cuando se iban de casa o cuando yo salía a dar vueltas por el barrio.

En las caminatas, las preguntas se atascaban en mi mente. ¿Por qué la vida era tan mierda y me daba un hijo con síndrome de Down? ¿Cómo podía convencer a Gabriela de abortar? Caminaba más rápido con la ilusión de cansarme y dejar de maquinar. Pero los pasos llegaban, después, con metrallas de preguntas que no quería responder. ¿Será que por andar deseando que el bebé muriera logré enfermarlo? ¿Seré yo el culpable de todo? Cuando por fin me sentaba en una cafetería a comer pan y a tomar café, lo único que lograba pensar era cómo sería la vida de un padre con un niño con síndrome de Down.

Hasta que llegó la noche fatídica en que Gabriela me dijo que no sentía al bebé. En el carro de ida al consultorio me pregunté varias veces si podía ser posible haberlo matado con mi

pensamiento. ¿Cómo, si todavía sentía sus pálpitos en el asiento de al lado, que salen desde el vientre inflado de mi esposa?

De nuevo las paredes blancas del consultorio del doctor. Su ojo caído me miraba cada tanto y parecía culparme. De nuevo mi esposa, con la barriga libre al aire, recostada en la camilla mientras el pediatra buscaba acá y allá, en el rincón y por los lados también. Su silencio no se conmovió ni siquiera del llanto de Gabriela. Él seguía ahí, con la cara plana, sin sentimientos, años y años de entrenamiento en hacerse el güevón. Seguía moviendo el transductor por el vientre. Se detuvo. Salió del cuarto sin ventanas y llegó con otros dos doctores. Todos miraban lo que la pantalla tenía para mostrarles. Ninguno decía nada.

¿Cuántos días llevará Gabriela cargando un feto muerto, un hogar sin huésped? ¿Hace cuánto habré matado a León?

—Efectivamente —dijo el doctor—. El corazón del bebé no late.

Gabriela aumentó su llanto, como si esas palabras le hubieran recargado las lágrimas. Los tres doctores la miraban y no eran capaces de decir algo.

—Yo siento sus latidos —dije—. León está vivo.

Las batas blancas de los doctores, las paredes y el computador empezaron a temblar cuando mis gritos se abrieron camino por la garganta, rompiendo todo a su paso.

—¿No será que usted está haciendo mal el examen, doctor de mierda?

Agarré el computador que estaba sobre el escritorio de madera falsa y lo arrojé al suelo. Seguí con la pantalla que mostraba el hogar de León y a él flotando dentro de mi esposa y, antes de que llamaran a la seguridad, Gabriela puso su mano en mi cabeza y me susurró que todo iba a estar bien.

—¿Qué le pasó a nuestro León? —le dije.

Mis piernas de plastilina se derritieron y caí sobre las rodillas. Puse mi cabeza sobre el vientre de Gabriela. No fue suficiente.

Mi vida se deshacía. Seguí cayendo hasta que todo el cuerpo quedó en el piso frío y sucio. Lloraba como nunca en la vida lo había hecho. Como un animal que sabe que lo perdió todo. Me ovillé hasta quedar en posición fetal. Gabriela se sentó a mi lado y con la mano empezó a acariciar mi cabeza. Sentí de nuevo el corazón de mi hijo. Cuando los guardias de seguridad intentaron acercarse, ella les gruñó hasta espantarlos. Los latidos de León me consolaron hasta que me quedé dormido.

Poesía

Sancocho de gallina

Por Érika Mora
(Taller Distrital de Poesía)

Para atrapar la gallina
necesitas llamarla como todos los días,
lanzarle el maíz en pequeños montones
hasta que el buche se llene,
tomarla de la cola antes
de que picotee el último grano,
poner su cuello bajo el palo de la escoba
y pisar con fuerza
hasta que sus alas se cansen.

Siempre animaba a mi abuela
a pisar más fuerte.
Desde la mañana desenroscaba el palo de la escoba,
buscaba leña seca para prender fuego
y hervir el agua.

Tomaba las criollas de una planta
que mi abuela había sembrado en el jardín,
jalando sus hojas hasta que mis manos
se volvían negras.

Tomaba la papa pastusa
del sembrado del vecino,

tres o cuatro
antes de que me vieran
a través de la ventana,
cavando en su lado de la cerca
y volviendo con los pantalones rasgados
a lavarlas en la zanja.

Conseguir la yuca era un poco más difícil:
tenía que escoger
la más blanca,
la que no tuviese ninguna línea
atravesando su piel,
tomar la que estaba más al fondo
en la canasta del supermercado.

El cilantro era la ñapa
que doña Leonor
dejaba caer en mi bolsa
después de la compra.

Volvía a casa a tiempo.
Don Juan estaba sentado a la mesa
comiendo el chocolate con queso
que mi abuela le había preparado.
Antes de que terminara el último bocado,
le pasé el palo de la escoba.
Ella lo puso delante de su cuello,
apretó con fuerza,
hasta que dejó de respirar.
Amarramos sus manos y sus pies
con una cuerda
y lo vimos rodar por el abismo.
Ahora mi hija descansará en paz,

dijo la abuela,
mientras pelaba las papas y la yuca.

Aparatos

Por Norman Franz García Rodríguez
(Taller Local de Usaquén 1)

—Es solo una foto de los huesos
—dice una madre para calmar al hijo.
—Cuando te digan equis,
te quedas muy quieto.
El niño ensaya alguna pose para que todo salga bien.

Los vi al salir del laboratorio
con el frío de la placa vivo en el torso.
Camino a casa me pregunté
por qué tomaron tantas fotos.
Tal vez,
me dije,
mis huesos no saben sonreír.

* * *

«La radiografía de la columna
está dentro de los límites».

Pero encontramos
una imagen redondeada radiodensa
de bordes definidos
con diámetro

mayor a tres milímetros
en la base pulmonar,
reza el informe.

Mejor revisar eso.
Mejor lo remito urgente a neumonía,
y la urgencia
significa asistir dentro de un mes.

* * *

Granuloma basal derecho,
o algo así,
sugiere la doctora
atrincherada en su tapabocas.

Nada para preocuparse,
dice,
pero necesitamos otro examen.

Necesitamos:
¿plural mayestático
o plural de modestia?

Nada para preocuparse:
semanas de insomnio
los ojos prendidos en llanto
como si saliera humo
de mi maquinita para respirar.

Pero no es importante:
apenas para estar seguros.

* * *

Los años llegan con la certeza de la fragilidad.

Me ofrecen unos cascos para los oídos,
para que no escuche el tamborileo del aparato
cuando esté adentro.

Me acuesto en una camilla
y me entregan como ofrenda.

Dios lo ve todo.

Dios
hace
tac.

El examen tiene una duración de veinte minutos
tac
explican
tac
trate de no moverse
tac
la primera ronda es un escaneo general
tac
y luego viene el específico
tac
y el tamborileo
escandaliza el pecho
tac
El mundo está afuera del aparato.
No puedo voltear la cabeza para verlo,
y mi quietud es necesaria,

porque ahora hago parte
de la cámara
que toma las fotos de los órganos.

¿Soy el visor,
o el lente objetivo?

Tac

Sé que sudo,
pero no sé qué hay dentro
del aparato que hace *tac*,
que me tiene a mí,
que tengo dentro otras cosas.

El diálogo es entre dos máquinas
tac pregunta,
estático, respondo.

Los resultados estarán en cuarenta y ocho horas.
Revíselos con su médico.

Siento el aire espeso.
Respiro despacio.
El autodiagnóstico es siempre sobre la vida:
no fumo,
no bebo,
no trabajo con carbón,
¿asbesto?
Las preguntas las formula el miedo.

* * *

Con el mismo aire que existo,
otros conspiran:
son los aparatos los que te enferman,
te piden estar quieto
para apuntar a la célula exacta,
y te piden morir a plazos.
Ese es el sistema.

Yo que pensaba
que el negocio era estar enfermo.

Así me doy cuenta
de que si los pulmones me traicionan,
el aire que quedará libre
oxigenará mucha sangre,
pero no va a nutrir la cabeza de nadie.
Hay cosas que nacen marchitas.

* * *

Una señal atravesó el cielo.
Cuatrocientos treinta y cinco kilómetros
de distancia
entre su teléfono y el mío.
«Tengo cáncer», contó Fernanda
hace unos años,
antes de una quimio.
Seis sesiones de radioterapia,
dos mastectomías.

No quiero tener que llamarla
y devolverle la noticia.
No quiero que mi mamá llore
como lloró por su madre,
no quiero reconciliaciones apresuradas
con mis hermanos perfectos,
ni quiero sentir
que el mundo se queda solo
con Paula.

Mientras tanto,
espero.

Primer día

Por Fabián Martínez Murillo
(Taller Local de Usaquén 2)

A hunter is someone who listens.

Anne Carson

Afila el cuchillo
sobre la piedra de la memoria
chispeantes punzadas lo devuelven
al arte de matar
excedido por una fuerza
descomunal
y debajo de aquel recuerdo intempestivo
calcula el número de muertes por minuto
el cerdo que aún permanece clavado en sus pupilas
cuestiona la racionalidad de su verdugo
así que este, envuelto, en un hálito de perplejidad
se extiende entre cavilaciones

Leonas cazan jirafas
águilas harpías devoran monos aulladores
lobos marinos juegan
entre girones de golondrinas
las orcas son adictas
al hígado graso del tiburón blanco

los gatos se entrenan
arrancando las plumas de las torcazas

Delantal, botas y careta bien ajustadas
todo dispuesto en medio del temblor
«No tenga miedo, paisano»
masculla su avezado compañero
«No tenga miedo que la demora es que inicie»
El hambre le camina por los ojos
con patas de codorniz

De nuevo enfila el rumbo
ahora es él
el cuchillo sin memoria, la piedra sobre el occipital
y así introduce los dedos de acero
como quien rebana rodajas de carne trémula

La sangre forma surcos en el suelo
como si fueran afluentes
del Sogamoso o el Magdalena

Nunca un primer día ha sido fácil

Con cada gemido de su semejante
se va quitando el rótulo de asesino
va introduciendo sus uñas entre los órganos blandos
y casi a punto de terminar
le llega el murmullo lacónico
de su compañero

«De algo hay que vivir…
Es hora del tinto».

(Des)amor

Por Ana María González
(Taller Local de Puente Aranda)

Para Luis Carlos

Él no volverá.
No verás su mirada pícara.
No oirás su risa ni sus chistes malos.
No sentirás sus manos suaves rozar las tuyas en una noche fría
ni te volverá a llevar el tinto a la cama.
No lo verás bailar en la cocina mientras prepara el desayuno
ni lo escucharás cantar apasionadamente en la ducha.
No te llenará las mejillas de tiernos besos.

Ya no cantarán
ni jugarán como niños.
No serán cómplices,
ni siquiera conocidos.
Poco a poco olvidarás el sonido de su voz
y sus caricias se confundirán con otras.
Olvidarás su dirección,
el nombre de su gato,
su banda favorita.
Arderán las cartas,
las fotos quedarán en el olvido.

Hasta que un día,
no muy lejano,
te palpes la herida y ya no sangre,
ese día habrás olvidado también su nombre
y lo que llegaste a sentir.

La poesía es... no

Por Mayra Alejandra Algarra
(Taller Local de Suba)

La poesía es…
No
La poesía no es…
No es lo más lindo que existe
No es una placentera lectura
No es verdad universal
No es entendimiento
No es romanticismo
No es mandamiento
No es inspiración
No es globalidad
No es perfección
No es suficiente
No es vocación
No es tradición
No es método
No es éxtasis
No es hecha
No es luz
No es
No.

A ellas la memoria

Por María Victoria Córdoba
(Taller Local de Kennedy)

Ella puede llover llorando un río,
salir por la puerta del después, aunque siga cerrada.
Quizá baja la mirada ante quienes la acusan.

Ella cuelga los niños de su piel
mientras se le desgarra.

Yo no sé por qué tengo que llorar sus desaparecidos,
mirar la tortura en sus ojos abiertos,
ver caer sin parar
pedazos de sus dedos, de su vientre,
de sus vidas, de sus muertes,
pedazos de mí.

No sé por qué la culebra le clava los colmillos a la misma herida,
por qué no se queda allá y se duerme
donde no me engulla la respiración,
afuera.

Afuera
la memoria se enchipa,
se arrastra, se anida,
me mira,
me mira de frente.

Contrarios

Por Ana Carolina Pereira Restrepo
(Taller Local de Chapinero I)

Durante la cuarentena
un *influencer* opinó que
a partir de entonces
el azul debería llamarse rojo
y el rojo, azul

Todos estábamos aburridos
y la propuesta se viralizó

Hoy cuando salí
vi que el cielo
era una llaga azul
debido a los incendios

Fue horrible
o más bien
hermoso

Juventudes heroicas

Por Laura Sofía Pérez
(Taller Local de Engativá)

Mentí al decir que entiendo aquello que he escrito
y que recorre correcto los caminos
entre quienes quiero y quienes no he conocido.

Mentí al decir que no necesitaba
esa cita cada ocho días, a la que ya no vuelvo, porque el miasma
de sentimientos reprimidos se ha aclarado a niveles dolorosos.

Mentí diciendo que he destruido sueños tóxicos y conductas dañinas, que escondo entre cajas polvorientas para evitar tormentas de exasperación.

Y aparezco con poca vida
en un largo camino de incertidumbre entre las sonrisas difusas
de un mundo que se muere.

Mentí en confusión
sobre versos literales de poesía metafórica.
Y hacia les otres que me ven
al simular que no me importan.

Mentí en un acto de felicidad, fantaseando con amores
que mueren en las calles
a manos de una sombra.

Y aun así, creí real
la reparación que daba desde el privilegio
de un ser que vive a través de las letras.

Pero los cristales somos transparentes porque, aunque mentimos
por costumbre, gritamos a la tradición
que nos ha dejado un mundo apocalíptico.

Técnicas para el abandono

Por Lilia Carvajal Ahumada
(Taller Local de Santa Fe I)

Comience poco a poco,
primero el cajón de la ropa.
Done guantes, bufandas, zapatos y carteras,
los sacos de lana, la ropa blanca.
Después entre a la cocina, tire recetarios,
arrocera, vajilla heredada, platería sin uso.
Guarde para sí el olor a arequipe,
a crema recién batida,
a cilantro y laurel, a mañana fresca y torta de banano.
Luego el cajón de los libros:
bote catálogos viejos, revistas de moda.
Nabokov y Nothomb, Yourcenar y Hemingway
estarán bien en la biblioteca del barrio.
Conserve solo un libro que la haga reír.
Busque una bolsa negra,
eche ahí polvos y potingues,
pestañina y lápiz labial,
la base para disimular el ojo morado.
Friegue los pisos,
abra las ventanas,
esparza Clorox en los rincones,
así desaparecen lepismas y cucarachas,
promesas incumplidas, palabras huecas,

besos ruines, golpes y gritos.
Póngase una chaqueta gruesa,
meta en un morral un par de *leggins*,
dos camisetas, ropa interior y el libro favorito.
No haga ruido, es peligroso,
salga despacio,
cierre con cuidado.

Quipitos

Por Paula Jiménez
(Taller Local de Teusaquillo 2)

Los Quipitos en su boca
sonaban distinto,
cuando me permitía escucharlos
imaginaba un enredo de lenguas
conociéndose.

En el sube y baja
éramos libres:
su cuerpo subía
el mío, bajaba,
como un ejercicio
de respiración.

Desconocíamos la palabra
amor,
pero yo siempre buscaba
el charco más grande
para que saltara
y se riera
y nos ensuciara.

Ahora,
después de tantos años,

quiero escribirle:
Hola.
¿Han vuelto a explotar
sobre tu lengua
los Quipitos?
¿Puedo oírlos de nuevo?

Somnifiesto

Por Jimena Suárez
(Taller Local de Tunjuelito)

Deberíamos tener la valentía
o más bien, la astucia
de conformar un sindicato

Uno que defienda
el legítimo derecho
de no levantarse de la cama

Que cobije el ceder y hundirse
a las corrientes erráticas
de unas sábanas

Que real sea el sueño
que queme el edicto
que desarme las alarmas

Nunca por pereza
cobardía o mal capricho
sino por la noble causa
de romper lo rutinario

De desafiar deliberadamente
al sistema que me obliga

a maltraer por ocho horas
la curvatura de mi espalda

Por la anarquía de la contemplación
por una ducha bien pensada
por los duermo, luego existo
por despojar de las ojeras a mi cara

Disruptivo, torpe, imaginario
improbable, absurdo, necesario
deberíamos tener la valentía
o para algunos, el descaro
de pensar entre lagañas
en formar un sindicato

Historia infinita de una ruptura

Por Johan Andrés Cortés J.
(Taller Local de Tunjuelito)

Siéntate conmigo.
Quedémonos toda la tarde en el piso
espalda contra espalda
las manos frías que arden
y sienten juntas el ruido
y el canto del viento fúnebre
que grita lloviznas y leves brisas moribundas.

Siéntate y hablemos
hablemos de la vida, pero hablemos también de la muerte
hablemos de cuán secretos somos y de lo que no nos hemos contado
hablemos de por qué queremos separarnos
de por qué todavía nos resistimos
a no permanecer unidos.

Hablemos solamente
hablemos sin prisa
contémonos historias, vivamos desde la risa.
Hablemos del hoy, del mañana, del ayer, del mes próximo
de las horas, los minutos, los segundos

del hoy, ese que ya se fue
del mañana, ese que nunca existió
del ayer, ese que ya no será.

Quédate y hablemos, solo quiero eso
hablemos de los amores que jamás nos pronunciamos
hablemos de los pesares que un día nos destruyeron
y de las peleas, y de los disgustos
y de los rencores, y de las envidias
y de los agravios
y del cielo rojo.

Hablemos para llorarnos, hablemos para encontramos.
Hablemos para que me odies, hablemos para volar juntos
antes de que la caída al suelo me rompa
y entonces me decepciones.

Hablemos el mundo, hablémosle al mundo
quédate y háblame
yo me quedaré y te canto
tú te irás temprano, no sin antes callarme.
Quédate esta tarde, esta noche
hasta mañana
hasta el mes próximo
hasta el año siguiente.

Hablemos para que yo viva
hablemos para que tú respires
hablemos por un segundo de los mil años que tiene el mundo
hablemos para oírnos
hablemos para no vernos
no tenernos
no pelearnos

no besarnos
no querernos
no llorarnos
pero sentirnos.

Hablémonos de espaldas, estando presentes
hablemos con los codos, con la mente, con el alma
hablemos juntos
aquí, ahora
hablemos para perdonar
y reconstruirnos con cenizas
de lo frágiles que somos.

Hablemos
quédate.
Tú, ahí; yo, ahí.
Hablemos, por favor
por solo un momento
para no tener otra vez que vernos.
Hablemos en esta sombra, sin irnos ninguno
porque si te marchas no podrás oír
todo lo pequeño que tengo por decirte.

Hablemos, una vez
antes de irnos
antes de olvidarnos
antes de recordarnos
antes de que anochezca
y la luna nos deje atados.
Hablemos, solamente hablemos
pero para eso
usemos el silencio.

Casa para uno

Por Jhenny Elena Zambrano Sierra
(Taller Local de Rafael Uribe Uribe)

Una sala grande con espacio para comedor,
una cocina, tres cuartos, un baño, siete ventanas,
tres con cortinas y cuatro con velos.

Cuatro platos, seis cuchillos,
cinco cucharas grandes y una dulcera,
cinco tenedores, cuatro pocillos y dos vasos.

Un sofá con puesto para tres,
otra silla de un puesto y mesa para dos,
desayuno, almuerzo y cena,
para uno.

Entra la luz de la mañana en silencio,
suena la alarma del celular,
es hora de levantarse sin voces insistentes.

Hoy no hay que salir, es día de oficio en casa,
desayuno para uno, en calma, en silencio,
hora de redes sociales, notificaciones, estados,
comentarios, reacciones, seguir, nuevo seguidor,
espantar la pereza, levantarse, empezar.

En una casa para uno todo se trata de lavar:
lavar la ropa, lavar los platos y lavar las ollas,
lavar las frutas, lavar el cuerpo y lavar los dientes,
lavar las horas, lavar el tiempo. Lavarlo todo.

En una casa para uno, cantas y bailas
mientras lavas, lavas y lavas,
mientras tiendes la cama y ordenas el cuarto,
mientras sacudes, limpias, barres y trapeas,
mientras quitas, pones, mueves, llevas y traes.

En una casa para uno, cuando todo está limpio,
a veces viene alguien, una visita
ocupa otro puesto en el sofá para tres
y la mesa para dos está llena.
No se baila, no se canta, se conversa, se ríe,
a veces alguien se queda y es una casa para dos.

Al atardecer,
los colores del cielo revolotean en las paredes,
los bombillos encendidos empujan la oscuridad.
De noche, en la cena para uno,
vuelve la calma,
hoy todo está más limpio.

In-dependencia emocional

Por Andrea Guatavita Garzón
(Taller Local de Rafael Uribe Uribe)

En la mesa
reposan
las cartas que nunca envié
un álbum de mis retratos
con tu ausencia

el resto de un *ticket* para Pixies mojado con sudor de baile
gotas de marihuana para dormir sin tu abrazo
una bolsa con hierbas que tranquiliza
a quien me cuenta las historias de sus lágrimas.

Y un libro me recuerda
que un dolor puede ser

espada
o
letra.

Ahora
soy independiente.

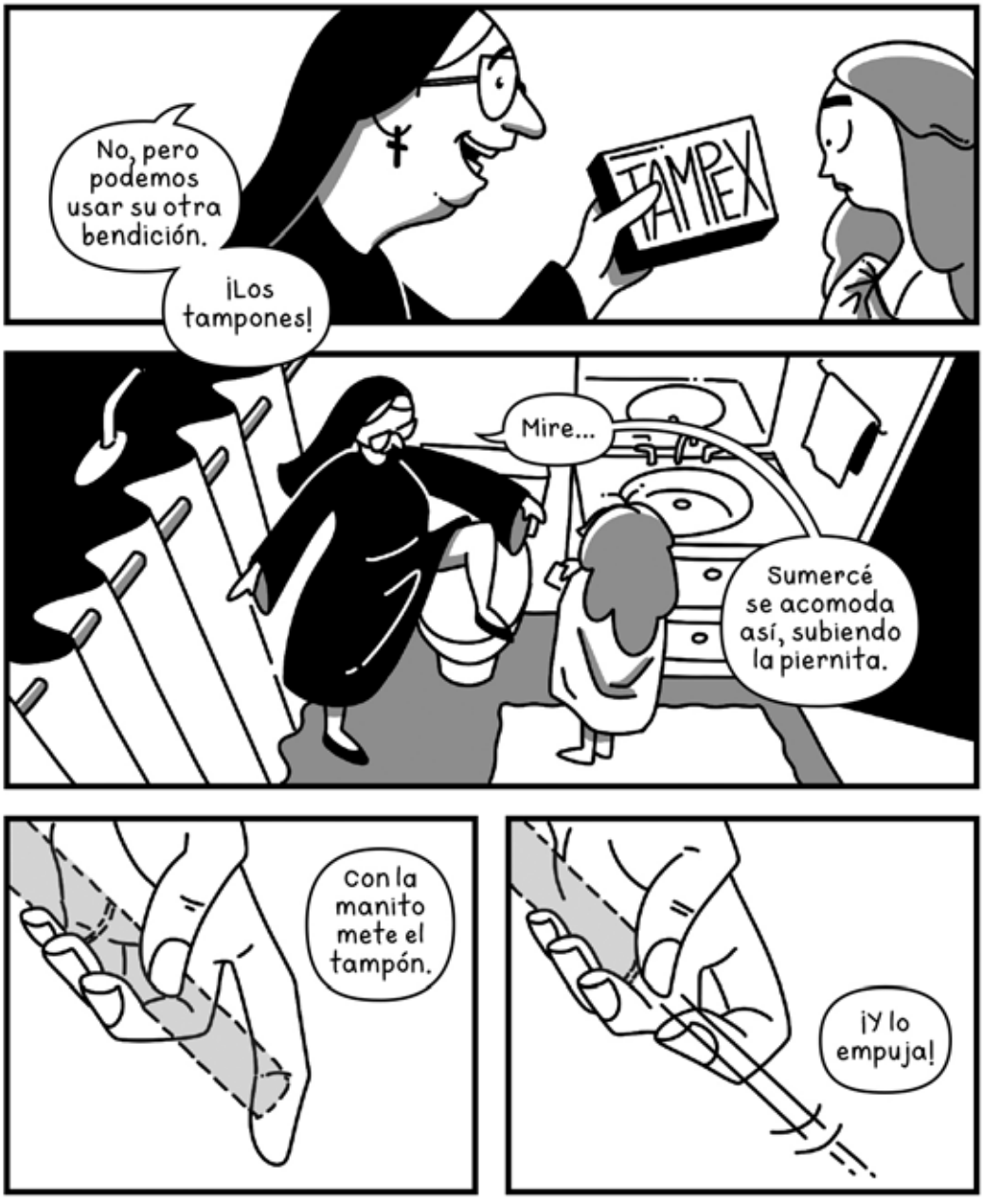
Y
cuando digas

buenos días,
quizás
un eco te responda.

Narrativa gráfica

Bendiciones

Por Catalina Murcia
(Taller Distrital de Novela Gráfica)


No, pero podemos usar su otra bendición.
¡Los tampones!
TAMPEX
Mire...
Sumercé se acomoda así, subiendo la piernita.
Con la manito mete el tampón.
¡Y lo empuja!

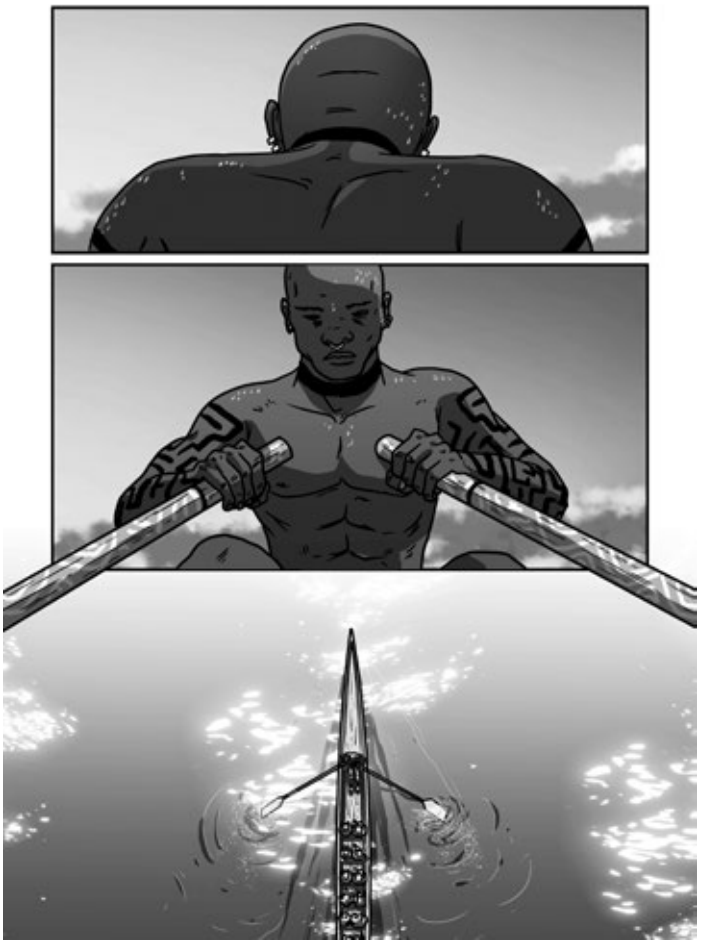
Y listo.
La espero afuera, mijita.
...
TAMPEX
¡Ups!

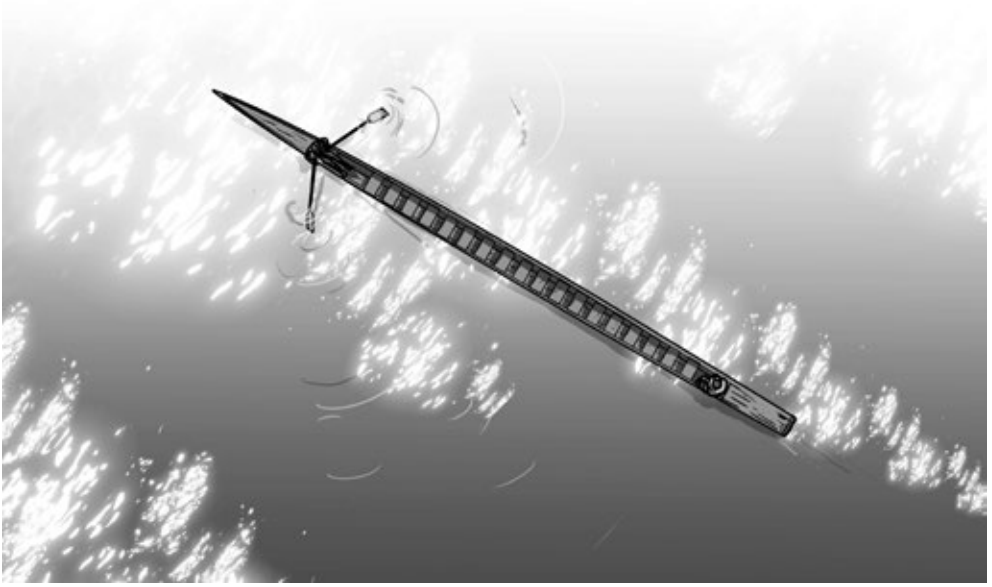
Bueno, solo me queda...
Una bendición.
Madre...
¿Por dónde se mete?
Hija, pues por donde sale la sangre.
Ajá... ¿y ese hueco dónde queda?

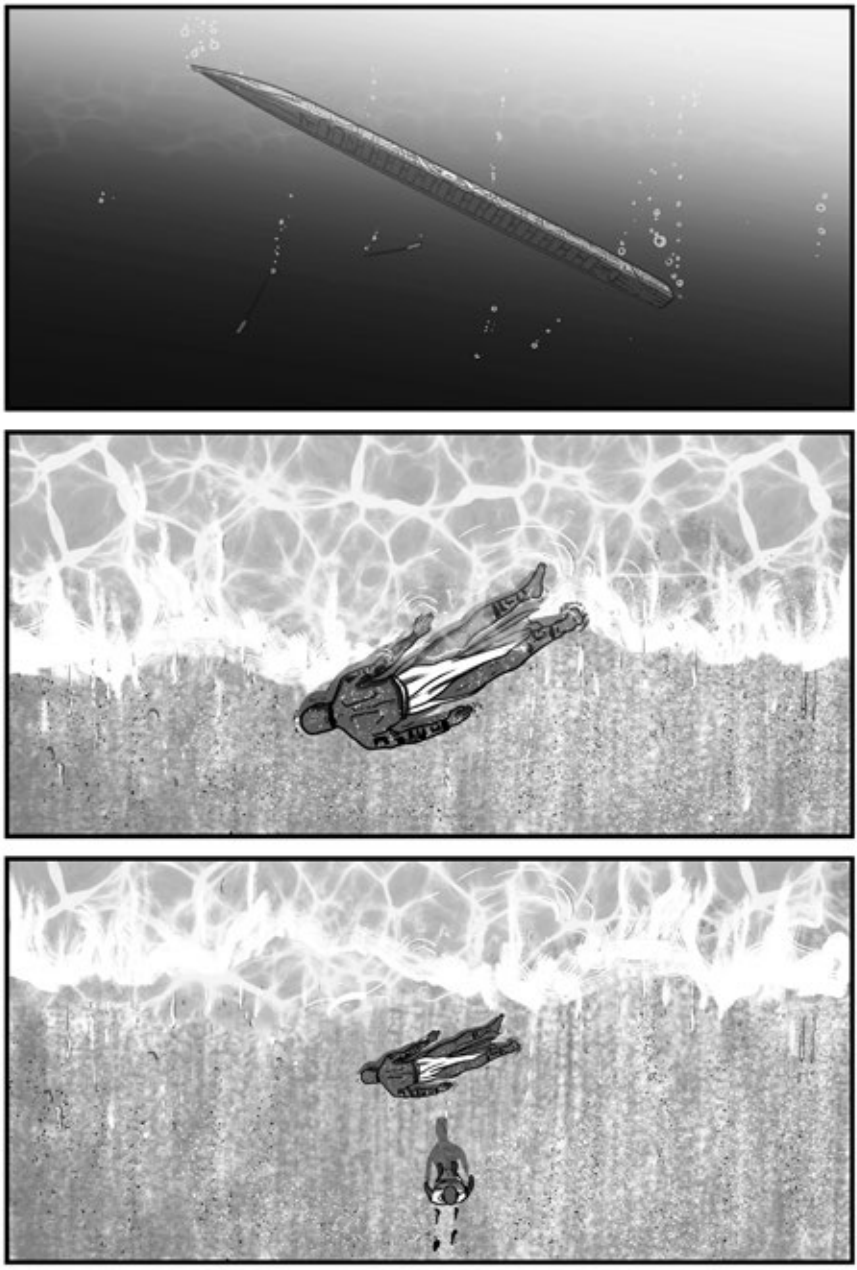
Ese es un camino que solo Dios podrá mostrarte, nadie más.
Pero no me lo está mostran...
¡AJÁ!
¡PLUP!
Así sí, ¡que Dios siga bendiciéndome!
FIN

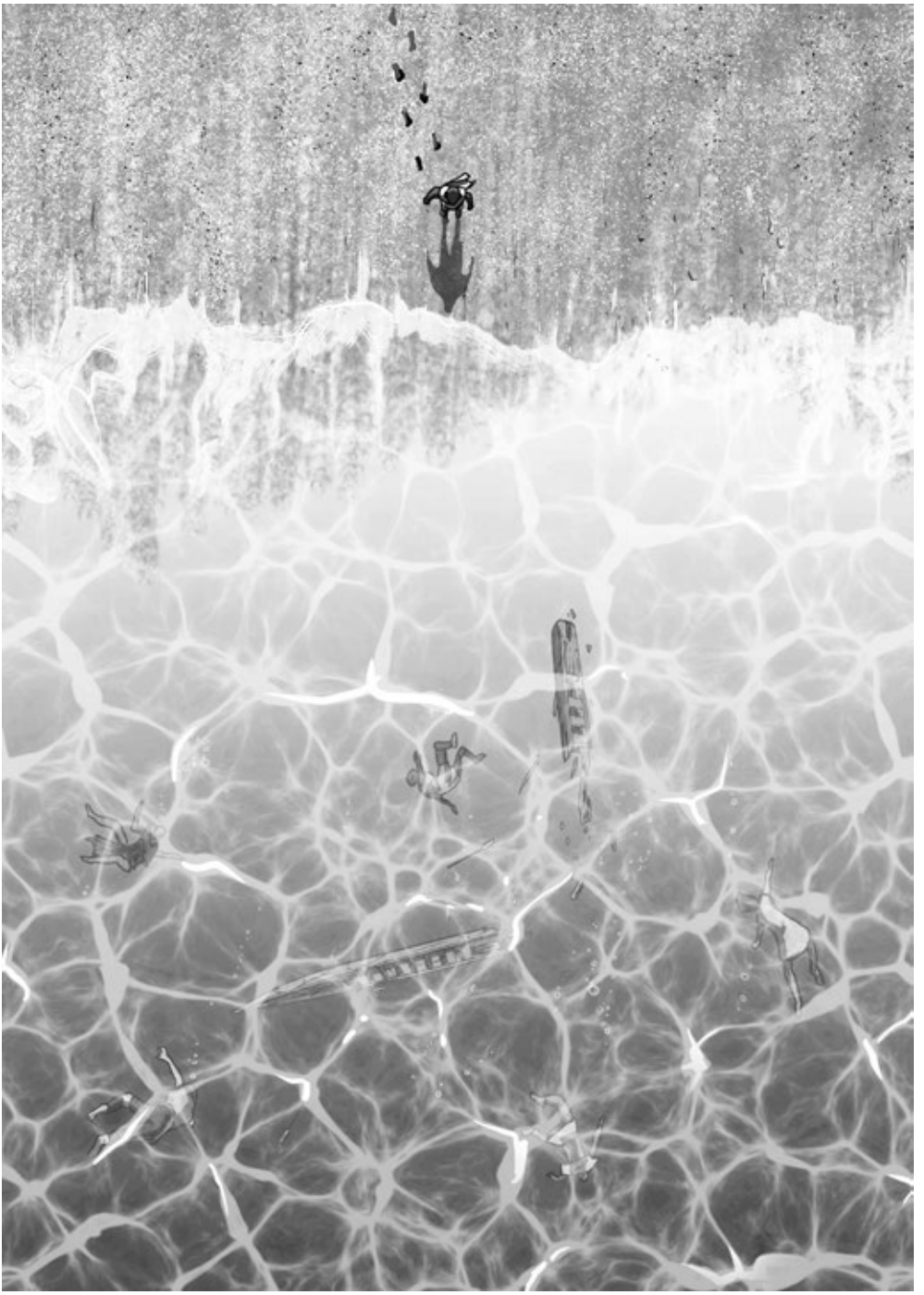
Caronte

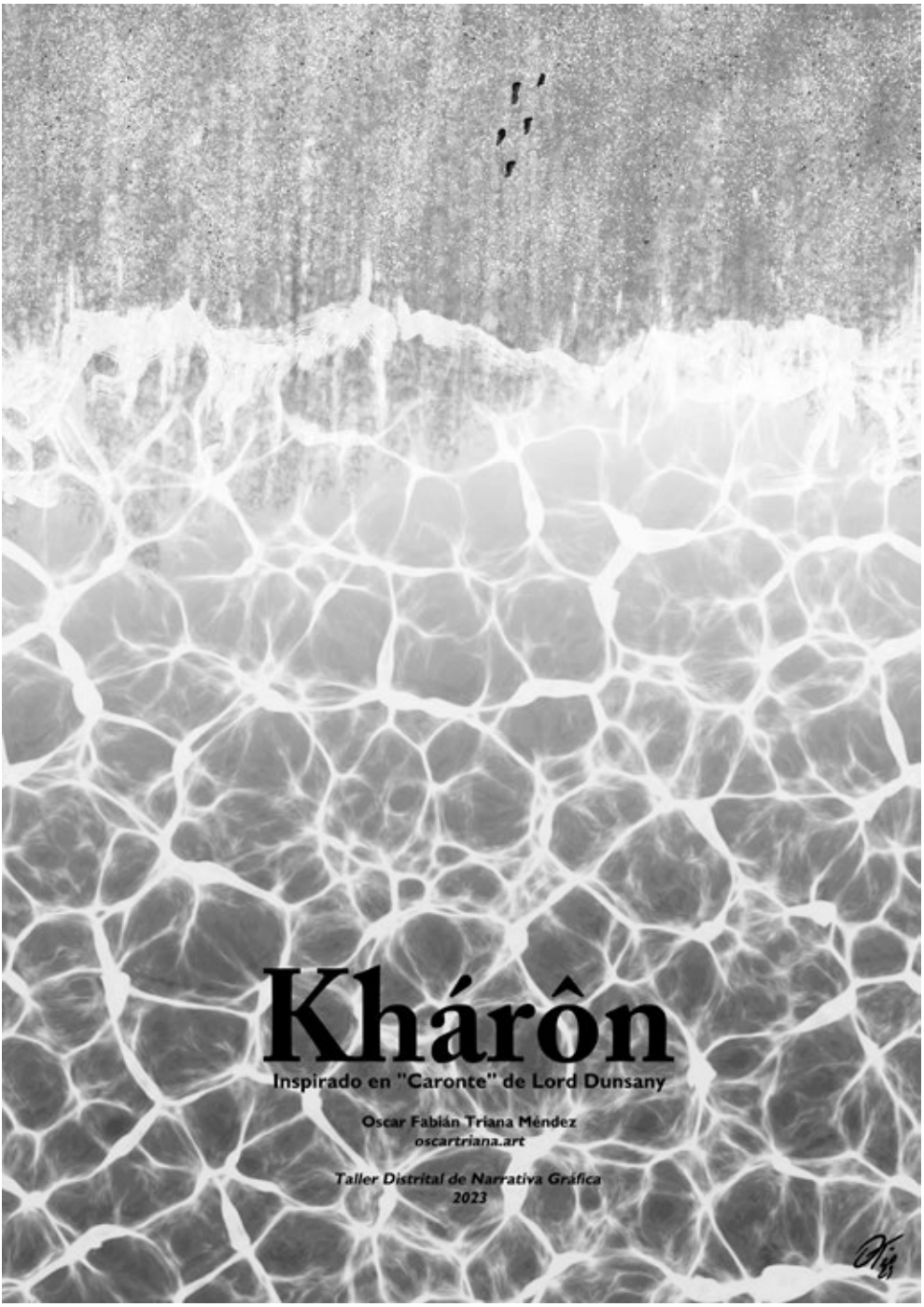
Por Óscar Triana
(Taller Distrital de Novela Gráfica)










Kháron
Inspirado en "Caronte" de Lord Dunsany
Oscar Fabián Triana Méndez
oscartriana.art
Taller Distrital de Narrativa Gráfica
2023

Los autores

Manuel Daza Ramírez

Bogotá, 1958. Ingeniero de sistemas que se describe como un hombre común y corriente y como un costeño de los Andes. Su trabajo profesional ha estado centrado en los datos. Quizá, de allí su interés por los cambios en la configuración del mundo. Sus textos breves parecen ser partes de un proyecto más grande no comenzado aún. Usa la melancolía y la nostalgia para examinar la superposición de realidades y el cambio.

Fernanda Llanos

Gigante, Huila, 1984. Vivió su niñez y parte de su adolescencia en su pueblo natal. Ya en la adultez se trasladó a Bogotá, donde se graduó en Ingeniería Industrial. En casa se le habló de estudiar una carrera que sirviera, y la literatura no hacía parte de las carreras correctas. Se declaró lesbiana a los treinta años y eso liberó un poco más su pasión por las letras y el arte, pues al fin pudo ser ella misma. Hoy, con esa pasión liberadora, escribe cada vez que quiere. Ama y disfruta su relación con el teclado.

Simón López Villamil

Bogotá,1993. Egresado de la maestría de Creación Literaria de la Universidad Central. Presentó como trabajo de grado una novela de tono realista con influencias de la narrativa norteamericana. Su escritura se caracteriza por el uso extensivo de diálogos y por crear atmósferas de tensión.

José Antonio Reina

Nacido en Bogotá, es profesional en economía con un magíster en Innovación y Estadística. Aunque su labor se especializa en los números, su verdadero amor son las letras. Trabaja desde hace diez años en el Ministerio de Educación Nacional, donde se ha desempeñado en las áreas de Desarrollo Organizacional, Programa Todos a Aprender, Planeación y Finanzas; actualmente está

en la Subdirección de Fomento de Competencias, trabajando en temas relacionados con educación media. Luego de varios años de intentarlo, participó por primera vez en los talleres locales de escritura de Idartes en el año 2022. Es un escritor inclinado a la narrativa de cuentos y guiones.

David Barato

A sus 29 años piensa que gran parte de lo que somos obedece a lo que pensamos y a las certezas que tenemos. Ayer, el paso por la Universidad Nacional le dio el amor eficaz como una máxima. Después, atendiendo a sus gustos, la literatura se mostró como un camino para la materialización de ese amor. Hoy, avanza a pasos largos acompañando a mujeres y hombres privados de la libertad. Mañana, espera que el camino sea más largo, con más personas y letras que sean lumbre del amor.

Natalia Cuéllar Barón

Bogotá, 1997. Antropóloga y aprendiz. Se ha desempeñado como investigadora, diseñadora y gestora cultural. Entre sus intereses está la investigación multidisciplinar, la comunicación social, la edición comunitaria y las diversas formas de narrar historias recurriendo a medios gráficos y audiovisuales. La escritura es una de sus formas de ser y estar en y con el mundo. Le apasionan las salidas largas y retadoras en bicicleta, el baile y la salsa.

Catalina Gallo Rojas

Bogotá, 1967. Es comunicadora social y periodista, con más de treinta años de experiencia como periodista y editora en medios de Publicaciones Semana y Casa Editorial El Tiempo. Actualmente cursa el máster en Edición y Gestión Editorial del Grupo Planeta. Trabaja como periodista independiente y profesora. Ha publicado los libros *Mi bipolaridad y sus maremotos*, con Editorial Planeta, y *Las niñas aprendemos en silencio*, con Laguna Libros.

Azabache Álvarez

(seudónimo de Diego Muñoz)

Dramaturgo, director y actor nacido en Pereira. Reside actualmente en Bogotá. Maestro en arte dramático en formación, diplomadista internacional de improvisación teatral y tallerista del actor como productor de sí mismo. Hizo parte de la Red Talleres Locales de Escritura de la localidad de Engativá y del Festival Voces en Red. Entre sus galardones se encuentra ser parte de la selección de los cien mejores microrrelatos de la antología *100 palabras de corazón* (España) y tercer puesto en el Concurso de cuento Contemos el Bosque (Universidad el Bosque, Colombia).

Fanny S. Márquez Gómez

Pereira, 1975. Comunicadora social con especialización en resolución de conflictos. Dedicó cerca de quince años al trabajo por las reivindicaciones de género. Actualmente se desempeña como instructora de yoga kundalini.

Carlos Andrés Carvajal Luna

Bogotá, 1983. Docente, aprendiz de escritor y padre de familia. Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas; magíster en Docencia por la Universidad de La Salle. Trabaja desde hace siete años como docente de la Secretaría de Educación del Distrito. Estudioso aficionado a la literatura, ha publicado el artículo de investigación en docencia «Trayectos de sentido para reconstruir memoria histórica a partir de la lectura crítica de la narconovela colombiana contemporánea», en el libro *Estrategias docentes para la lectura crítica* (Universidad de La Salle, 2019). Este artículo fue objeto de ponencia en el Tercer Congreso Lectores y Lecturas para Otro Mundo Posible (Ciudad de México, 25 a 28 de marzo de 2019) y en el XX Foro Pedagógico Estrategias y Perspectivas de la Lectura Crítica en la Universidad de La Salle (9 y 10 de noviembre de 2018).

Fabián Espinel

Diseñador industrial nacido en Bogotá en 1981, cantante de punk, coleccionista de música, narrador de historias.

Martha Judith Noguera Fonseca

Bogotá, 1982. Aprendiz de palabras y profesora. Hija de Eulises Noguera y María Fonseca. Nacida en medio de una fuerte borrasca. Licenciada en Educación Artística, intentó varias veces profesionalizarse en danza, pero prefirió terminar la maestría en Estudios Artísticos con el proyecto de investigación creación *Intercorporeidades juveniles: Un estudio sobre los intercambios táctiles en el recreo*. Es profesora de danza de un colegio público del sur de Bogotá, ciudad en la que reside. Actualmente está terminado un doctorado en Artes y Ciencias del Arte en Toulouse, Francia, ciudad a la que piensa regresar para seguir estudiando y viajando.

Lía Margarita Rodríguez

Guajira, 1987. Miedo y confusión hechos carne. Ingeniera industrial con especialización en hacer arepas de queso, arroz y lentejas. De pensamiento rizado, pelo enmarañado y procesar lento. Pone las comas donde se le ocurren y no donde corresponden, porque, la verdad, no tiene ni idea del lugar que deben ocupar en un texto. Guajira de nacimiento, barranquillera de corazón y ciudadana bogotana por residencia. De tierras morenas, de río y de mar, de parranda, guitarra y verso, así: pura costeñidad y cheveridad.

Johanna Uzuriaga Aguilar

Caracas, 1979. Con tres meses de gestación la llevaron a Venezuela, porque su madre, Amanda Aguilar, decidió que su primogénita nacería allí, pensando siempre en que Johanna llegaría a ser ingeniera o médica. Pero no: le gustan las artes y la cocina, es diseñadora de modas, directora de arte, amante de la música, bailarina, y se define como una humana con alma de escritora que adora el vino tinto

y las tertulias creadoras de sueños. Fue directora creativa del Colectivo Sinfinitu, dedicado a la ambientación de espacios mediante la reutilización, restauración y permacultura, entre otros recursos. Tiene muchas pasiones, y la palabra es una de ellas. Dice que escribe desde que aprendió a escribir. Con 35 años, volvió al país al que genéticamente pertenece, y con 43 está cumpliendo la meta de dedicarse al oficio más arriesgado, loable, lúcido y sincero al que cualquier ser humano se podría dedicar: la escritura.

Alexander Madrigal

Bogotá, 1984. Docente e investigador universitario, hijo de la localidad 19 (Ciudad Bolívar). A pesar de ser un académico, aún duda en reconocerse como escritor, por lo cual se declara aprendiz o escritor experimental. Cuenta con diversos textos literarios, todos inéditos. Tiene particular interés en la poesía y unos proyectos de novela, crónica y cuento en proceso de maduración. Participante en los espacios de diálogo y formación literaria de la ciudad, con proyección de publicar y el deseo inequívoco de declararse escritor bogotano.

Germán Vanegas

Nacido en Medellín. Artista visual formado en la Universidad Nacional sede Bogotá, magíster en Lenguajes Artísticos Combinados por en la Universidad de las Artes de Buenos Aires, Argentina. Su trabajo se ha desplegado entre la enseñanza artística en nuevos medios, la producción de actividades culturales junto con diversos colectivos, y la creación e investigación teórico-artística en torno a los procesos de aprendizaje, la escritura, el lenguaje y la memoria.

Duván Ocampo

Bogotá, 1976. Diplomático de carrera y poeta. Ha vivido en Colombia, Francia, Polonia, Austria, Hungría, y reside ahora en Dinamarca. Habla seis idiomas. Ha publicado los siguientes libros:

La mujer de los senos tuertos (ganador del II Concurso de Poesía de la Universidad de Deusto, España, 2000); *Fairy tale* (Avant Editorial, España, 2020); *Hagiografía de los bares del sur* (Editorial Tegra, España, 2021). Textos suyos han aparecido en revistas o antologías en Argentina, Colombia, España, Estados Unidos, México y Venezuela. Ha sido ganador o finalista de numerosos premios internacionales de poesía. Actualmente es finalista del Premio Internacional de Poesía Juan Ramón Jiménez de Coral Gables 2022 (pendiente de fallo).

Federico Baraya Galán

Bogotá, 1993. Comunicador social con énfasis en periodismo. Es el creador de *Literatus*, *podcast* dedicado al género del cuento, cuya audiencia mensual supera las cinco mil escuchas.

Érika Mora

Choachí, 1997. Nació un jueves bajo el cielo nublado de Choachí. Heredó el amor por el campo, su cultura y gastronomía, que ahora enseña al mundo por medio de sus poemas.

Norman Franz García Rodríguez

Bogotá, 1981. Ingeniero de software. Asistió a los talleres de Escrituras Creativas del Idartes en 2013, 2018 y 2022. A pesar de que ha escrito de manera intermitente, la mayor parte de su vida no ha experimentado con la poesía. No ha coronado ninguna convocatoria por ahora. Se dedica a los videojuegos, la lectura y la cocina. Se retiró del deporte muy joven. Escribe, a veces, en los blogs www.eljabonchiquito.blogspot.com y www.jormanks.tumblr.com, entre otros.

Fabián Martínez Murillo

Tunja, 1989. Apasionado por la literatura, piensa que la escritura es inagotable y que es estar ahí enlazado junto a los movimientos

de la tierra. Hay que escribir para salvarse del tedio y encontrar un resquicio de calma entre tanta inmediatez. Tres de sus poemas están publicados en la revista de Literatura *México Enpoli*. Actualmente está terminando su primer tomo de cuentos breves, sin ninguna importancia, sobre una ciudad mutante donde sus habitantes llevan los ojos rotos, quizás de tanto desencanto.

Ana María González

Es docente de filosofía y letras. Le gusta escribir, cantar, tocar la guitarra y dibujar. Desde muy joven lee a autores como Julio Cortázar y Jorge Luis Borges, y actualmente se dedica a leer autores de poesía como Delmira Agustini, Meira Delmar, María Mercedes Carranza, Federico García Lorca, Constantino Kavafis y Homero Aridjis, entre otros.

Mayra Alejandra Algarra

Bogotá, 1992. Psicóloga de profesión. Ha desempeñado su labor en organizaciones de base comunitaria y procesos independientes, principalmente con niños, niñas y mujeres. También ha participado en diversos talleres y actividades literarias y de escritura, de las cuales han derivado algunas publicaciones. Hace parte de la Red Feminista de Suba, en donde hace aportes a partir de su pasión por la psicología y la escritura.

María Victoria Córdoba

Bogotá, 1965. Estudió la licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. En Clacso hizo una especialización en Políticas Públicas para la Igualdad en América Latina. Ha participado en talleres de poesía y escritura creativa en la Casa de Poesía Silva e Idartes. Sus poemas han sido publicados en revistas literarias como *LesVoz*, de México, *Arcadia* y *Ouroboros*, entre otras.

Ana Carolina Pereira Restrepo

Comunicadora social y periodista bogotana, con un magíster en Administración de Empresas (MBA) por la Universidad de Texas-Austin. Es cofundadora del colectivo de escrituras de ficción en inglés Bogotá Writers, creado en 2011. Ha escrito cuentos para tres colecciones de relatos publicadas por este colectivo. Sus relatos también han aparecido en revistas literarias de Estados Unidos, Francia, Venezuela y Colombia. También escribe reseñas de libros para *Reedsy Discovery*, y ha sido prejurado en concursos de publicaciones literarias de Estados Unidos. Participó en el taller Distrital de Cuento de Idartes de 2019. Actualmente se desempeña como asesora empresarial en comunicaciones.

Laura Sofía Pérez

Tiene veinte años y estudia en la Universidad Nacional de Colombia. Ha vivido en Bogotá toda su vida. Le gusta escribir desde que tiene uso de razón, pues para ella es una forma de encontrar la paz.

Lilia Carvajal Ahumada

Bogotá, 1961. Hija de una costurera de barrio a quien siempre le gustó aprender, y de un carpintero aficionado a la lectura, ha dedicado buena parte de su vida a uno de los oficios más bonitos del mundo: corregir textos y ayudar a los autores a expresar mejor sus ideas. Lee de todo, aunque tiene preferencia por la historia y las buenas biografías. *María Antonieta* y *María Estuardo*, de Stefan Zweig, son dos de sus preferidas.

Paula Jiménez

Bogotá, 1992. Psicóloga e investigadora. Ha participado en el Taller 17: Línea de Defensa, del Idartes (2021), Taller Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá (2022) y Taller Local de Escritura Creativa, del Idartes (2022).

Jimena Suárez

Bogotá, 1997. Profesional en diseño gráfico, animadora digital, historietista y fanzinera aficionada. Dice de sí: «En grupos grandes, boca de ascensor descompuesto. Después de las cinco, ojos de ómnibus nocturno. Como papel tapiz, piel de jaspe. De corredora, corazón de colibrí».

Johan Andrés Cortés J.

Bogotá, 2004. Estudiante de la licenciatura en Español y Lenguas Extranjeras con énfasis en Inglés y Francés en la Universidad Pedagógica Nacional. Ama el ajedrez y la literatura. La Secretaría de Educación de Bogotá le otorgó el título de agente de lectura con énfasis en oralidad, escritura y literatura. Sueña convertirse en escritor y vive en Usme.

Jhenny Elena Zambrano Sierra

Bogotá, 1988. Es psicóloga social comunitaria con una trayectoria laboral de aproximadamente ocho años en el sector cultural, especialmente en Rafael Uribe Uribe. Ha vivido casi siempre en Ciudad Bolívar. Le apasiona su profesión y las artes, por lo que actualmente se encuentra construyendo su proyecto artístico de dibujo y pintura titulado *El Faro*.

Andrea Guatavita Garzón

Bogotá, 1979. Es psicóloga egresada de la Universidad Nacional de Colombia. Se dedica a la atención psicosocial y diferencial de población rural y de víctimas en distintas regiones del país.

Óscar Triana

Bogotá, 1983. Director e ilustrador egresado de Diseño Gráfico y especialista en animación por la Universidad Nacional de Colombia. Sus cortos *En medio de la nada* (2023), *Zapatos* (2019), *Star wars in a notebook* (2009), *The notebook strikes back* (2010),

Crischán en la senda del destino (2012) y *UnoCero* (2004) han sido beneficiarios de becas y han ganado premios en las categorías de animación en concursos nacionales e internacionales, otorgados por entidades como Idartes y compañías como Lucasfilm e Intel; además, han sido seleccionados en festivales como Chilemonos (chi), Flickerfest (aus), loop, La Otra Historia-Comuna 13, y El Espejo; además, han sido reseñados en *Cuadernos de Cine Colombiano* de la Cinemateca de Bogotá y forman parte de distintas proyecciones en los ámbitos distrital y nacional, de programas como Pantalla Local, Cinemateca Rodante y Cinescuela.

Catalina Murcia

Bogotá, 1992. Criada en Bogotá, malcriada en Bogotá y agradecida con Bogotá. Fan del chocoramo, amante de los pandebonos y adicta a las frutas. Economista de profesión, ciclista de corazón y artista de vocación…, o eso piensa hoy; mañana, quién sabe. Su nombre es Catalina, pero su hermana la llama Catalindia, sabrá si será por bondad o por maldad.

Directores de los talleres

Talleres Distritales 2023

Poesía: Camila Charry
Crónica: Cristian Valencia
Cuento: Laura Ortiz
Narrativa gráfica: Pablo Guerra
Novela: Pedro Badrán Padauí

Talleres Locales 2022

Usaquén 1: Camila Charry
Usaquén 2: David Jacobo Viveros
Fontibón: Diana Pachón
Puente Aranda: Diego Ortiz
Suba: Fabián Rodríguez
Kennedy: Giussepe Ramírez
La Candelaria 2: Harold Muñoz
Chapinero 1: Henry Gómez
Engativá: Jairo Andrade
Santa Fe 1: Jorge Valbuena
Teusaquillo 2: Juan Nicolás Donoso
Bosa: Karonlains Alarcón
Barrios Unidos: Laura Acero
La Candelaria 1: María Antonia León
Teusaquillo 1: Miguel Castillo
Santa Fe 2: Óscar Godoy
Chapinero 2: Paul Britto
Tunjuelito: Rodolfo Celis
Rafael Uribe Uribe: Yessica Chiquillo

Bogotá cuenta

Del taller a la página

Desde la expresión más íntima a la radiografía social, desde el realismo más pedestre hasta el surrealismo más arrebolado, de los registros más sobrios a los más desfachatados, esta compilación refleja el amplio espectro escritural de los bogotanos. Es un medidor de la polifonía de voces que cuentan ese territorio inabarcable que trasciende cualquier límite urbano: la literatura.

ISBN: 978-628-7686-30-4

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES IDARTES
BOGOTÁ